

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

LA BANDA DEL TREBOL ROJO

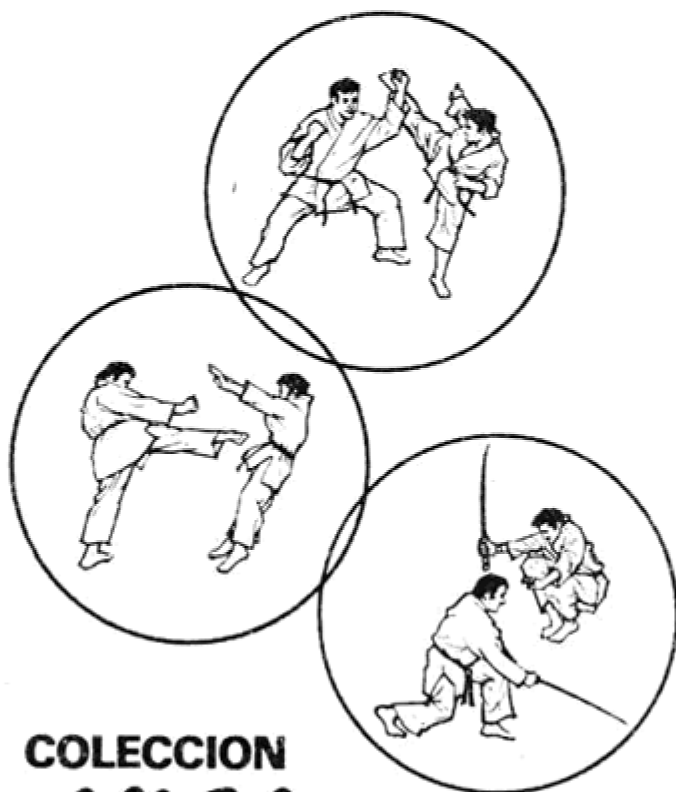
LA BANDA DEL TREBOL ROJO

Kiai Nº 72

Autor: Carrados, Clark
ISBN: 9788402049520

LA BANDA DEL TREBOL ROJO

CLARK CARRADOS



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

67 — ¡Mójame, que me quemo! - Ralph Barby.

68 — Ajedrez de terror - Curtís Garland.

69 — La sociedad de la muerte - Clark Carrados.

70 — Rosas negras para morir-Curtís Garland

71 — El brillo de las navajas - Ralph Barby.

Colección ¡KIAI! n.° 72
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 10.016 — 1978
Impreso en España - Printed in Spain
1ª edición: mayo, 1978

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Brugüera, 3. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

CON infinita delicadeza, el asesino se arrodilló al lado de su víctima y, con el propio pañuelo de ésta, limpió la sangre que había brotado por el orificio que la bala había abierto casi en el centro de la frente. La sangre que había manado no era excesiva, y la cara quedó limpia en pocos momentos. A continuación, el asesino, después de dejar el pañuelo en el bolsillo donde lo había encontrado, sacó de uno de los suyos un cuadrado de algo parecido al papel y del que despegó una figura que adhirió, con suaves movimientos, a la frente del muerto, justo sobre el agujero hecho por el proyectil. Al terminar, se puso en pie y contempló en silencio los resultados de su obra.

Finalmente, el asesino tiró de la cadenita que accionaba el interruptor de la lámpara de sobremesa. Hasta el día siguiente no sería descubierto el cadáver, cuando la servidumbre, al observar que Carver F. Pendleton tardaba un tiempo excesivo en bajar a tomar el desayuno. Subirían al dormitorio, lo encontrarían vacío y la cama en perfecto orden y empezarían a buscar por la casa. La labor de búsqueda concluiría en el gabinete privado de trabajo de Pendleton, donde hallarían su cadáver.

Pero el asesino no sentía ninguna preocupación. La pistola usada tenía silenciador y él había llevado las manos enguantadas en todo momento. No quedarían huellas de su paso, salvo las de algunas pisadas en el jardín de la mansión, imposibles de evitar. Pero ya se cambiaría de zapatos y destruiría totalmente los que ahora llevaba puestos.

El asesino abandonó la casa tan sigilosamente como había llegado. Y sus previsiones se cumplieron puntualmente: el cadáver de Carver F. Pendleton fue encontrado hacia las ocho y media de la mañana, con un extraño signo adherido a su frente: el signo del trébol rojo.

* * *

Para Budd Baxter, la fiesta había terminado ya, con no poco alivio por

su parte. Había sido una invitación que no pudo rehusar y la mayor parte del tiempo supuso para él una especie de tormento chino, sobre todo, considerando el casi constante acoso de Arthemis Stuyvelyck, una amazona más que madura, con las dimensiones de un camello y el ardor de una jovencita ansiosa de experiencias sexuales. La señora Stuyvelyck, divorciada tres veces y viuda dos —salvo su primer marido, todos habían sido siempre, sin excepción, diez o doce años más jóvenes que ella—, se había lanzado a la captura de Baxter, con el entusiasmo de una quinceañera recién despertada a la vida. Baxter recordaba con horror, ciertos momentos del volcánico acoso, cuando la abrasadora Arthemis se le echaba literalmente encima, colocándole en la cara sus enormes pechos, que a Baxter le habían parecido unas monstruosas vejigas llenas de sebo fundido. Al final, había conseguido encontrar un relevo en la persona de un invitado que le pareció, era el tipo perfecto para calmar los ardores de la virulenta amazona… y, de paso, rebajar un poco la que parecía inagotable cuenta corriente.

Pero la fiesta, sin embargo, había tenido otras compensaciones. Baxter había podido conocer a una hermosa dama, de unos treinta años de edad, hermosa como una princesa de cuentos de hadas y con un rostro sumamente atractivo, quizá por la expresión un tanto exótica que le conferían unos ojos levemente oblicuos y un pelo negro y lustroso como ala de cuervo. El nombre de la dama era Spring Kalder —cosa rara, había pensado Baxter, porque todos los Kalder que conocía no usaban la K como inicial—, y se había sentido muy interesado por ella.

Pero la señora Kalder aún no sabía si era casada, viuda o divorciada, nadie había tenido el menor interés en aclarar este extremo; aun siendo una invitada, había venido a resultar la reina de la fiesta, por lo que Baxter había disfrutado de muy escasos minutos en su compañía. No obstante, habían hecho una especie de acuerdo para verse o hablarse en otro momento, y en un lugar menos concurrido, aunque Baxter había llegado a la conclusión de que las frases de Spring no habían sido la mera expresión de cortesía que se debía a un hombre a quien acababa de conocer aquella misma noche. Por tanto, no abrigaba excesivas esperanzas sobre un próximo y más largo encuentro con la bella señora Kalder.

En la fiesta se había tocado, además, un tema que llamó notablemente su atención, porque precisamente aquella misma mañana había conversado con otra persona sobre el particular. Los comentarios de los invitados versaban sobre los asesinatos cometidos con varias personas, todas las cuales habían sido señaladas, depués de su muerte, con un trébol rojo adhesivo.

La mayoríaˆ opinaban que se trataba de un asesino solitario, que mataba por ciertas razones de venganza todavía desconocidas. Otros,

en cambio, seguían la tesis de la policía en señalar a diferentes asesinos, ya que las escasísimas huellas encontradas en los lugares de los hechos y que no permitían señalar a un sospechoso, eran diferentes en cada caso, lo que implicaba la existencia de una banda que, rápidamente, había adquirido un sobrenombre lógico en aquellas circunstancias: La Banda del Trébol Rojo.

Por qué los asesinos señalaban a sus víctimas con un trébol rojo, era algo que nadie podía imaginarse siquiera. Pero resultaba indudable que, si se conociese el nexo común existente entre las víctimas y que no había sido hallado todavía, podría encontrarse el hilo que permitiría llegar al final de lo que, por el momento, era un complicado laberinto del que no se conocía la salida.

Precisamente, aquella misma mañana, Baxter había comentado el caso con Denis Gray, el director de la agencia Digest Press. En realidad, más podía decirse todo lo contrario; había sido Gray el que había traído a colación el asunto.

—Apuesto algo a que piensas meter la nariz en el caso de la Banda del Trébol Rojo —le había dicho.

—Ni lo sueñes —contestó Baxter—. Este es un asunto que compete estrictamente a la policía. Yo —le hizo un chiste infame—, me lavo las manos como Herodes.

—Querrás decir Pilato.

—¿Es que Herodes era un marrano?

Gray había soltado un bufido al oír la gracia, pero acabó felicitando a Baxter por su sensatez.

—Sí, es mejor que te mantengas al margen. Ya está bien de aventuras, Budd.

Y, aquella misma noche, el tema había vuelto a suscitarse, sin atraer demasiado la atención de Baxter, firmemente decidido a no hacer nada en el caso.

Al acabar la fiesta, pero, sobre todo, cuando vio los primeros síntomas de que la animación empezaba a decaer, Baxter decidió escabullirse, aprovechando que la ardiente señora Stuyvelyck parecía haber tomado posesión del jovenzuelo que le había sustituido en su interés. Baxter se despidió discretamente de los anfitriones, abandonó la casa, cruzó el jardín y, tras salir a la calle, caminó cosa de cincuenta o sesenta metros hasta el lugar en donde había dejado el automóvil.

Cuando avistó el coche, notó algo que le hizo fruncir el ceño. ¿Quién diablos se lo había tocado?

El automóvil estaba parado a poca distancia de una farola, situada a unos cuatro o cinco metros del morro del vehículo, de modo que toda su luz caía francamente sobre la parte delantera. Pero él tenía la seguridad de haberlo dejado exactamente junto a la farola.

¿O quizá estaba equivocado?

Insertó la llave en la cerradura, abrió la portezuela y se sentó tras el volante. Entonces fue cuando vio el trébol rojo adherido al parabrisas, justo delante de sus ojos.

Una especie de helado escalofrío recorrió su cuerpo. El trébol rojo… a dos de las víctimas de la siniestra banda les había sido colocado justo sobre el lugar del impacto mortal de la bala. Pero había otro caso en que
el trébol rojo había aparecido en el cristal de la ventana tras la cual se hallaba la persona asesinada.

Sin mover la cabeza apenas, miró a derecha e izquierda. Dado que la calle era de dirección única, había podido estacionar el coche en el lado izquierdo, ya que el lado opuesto estaba repleto de vehículos.

Pero a la derecha, a unos setenta metros, había un edificio en construcción, rodeado por una valla de paneles metálicos. Entonces, el oscuro instinto de que allí se fraguaba una emboscada mortal, le hizo abrir la portezuela y lanzarse al suelo.

Mientras caía, oyó el estampido del fusil y el impacto de la bala en el parabrisas. Baxter se felicitó por la rapidez con que había actuado; estaba vivo por menos de una décima de segundo.

Esperó en el suelo, conteniendo el vivísimo deseo que sentía de levantarse y echar a correr. Pero sabía que la masa del coche le protegía de posibles disparos y, además, el tirador había usado un arma sin silenciador, de modo que la detonación habría alarmado, sin duda, a la vecindad.

Algunas ventanas se iluminaron, aunque ninguna persona se asomó al exterior. Baxter mantuvo unos minutos la misma posición, hasta percibir el consolador aullido de una sirena policial que se acercaba a gran velocidad.

Entonces se levantó y aguardó a los agentes de patrulla, a los que hizo señales con los brazos, sin abandonar el protector refugio del coche. El automóvil policial se detuvo con gran chirrido de frenos y los dos agentes se apearon, pistola en mano.

—Hemos oído un tiro, señor —dijo uno de los policías.

—Han oído bien —contestó Baxter—. Ahí tienen los resultados —añadió, señalando el orificio estrellado que la bala había abierto en el parabrisas.

El otro policía miraba recelosamente a todas partes. Su compañero se inclinó para contemplar el impacto. Luego, con una linterna, examinó el interior del coche.

—¡Diablos! —exclamó—. Ha tenido usted suerte, señor; la bala ha atravesado el asiento del conductor…

—Y ha salido, luego, por la portezuela posterior izquierda —indicó

Baxter.

El policía retrocedió unos pasos. Sí, el orificio era claramente visible en la carrocería y también en el suelo, donde se apreciaba con claridad los rastros dejados por el rebote del proyectil.

El otro agente hablaba por radio, pidiendo una patrulla de apoyo. Su compañero se encaró con Baxter.

—Al menos, tendrá usted alguna idea de quién quiso asesinarle, señor…

—Baxter. —El joven enseñó su documentación—. Por favor, póngase en contacto con el teniente Jamison, de Homicidios; él avalará mi personalidad.

—Bien, señor. Jake, llama al teniente Jamison, de Homicidios —se dirigió el policía a su compañero—. Informarle de lo sucedido, si es que está en su despacho, cosa que no me parece corriente. Pero he oído que anda metido en un caso muy complicado…

—Está bien, Buddy.

Baxter sonrió.

—A usted le llaman casi como a mí, mejor dicho, más que a mí, porque le añaden una «y» al final del nombre.

—Son apodos que le ponen a uno y de los que no es posible librarse, pero, en realidad, me llamo Samuel, señor Baxter.

El otro coche de patrulla llegó y sus ocupantes se dirigieron hacia la obra en construcción. Un cuarto de hora más tarde, se oyó el sonido de una tercera sirena.

Keith Jamison se apeó del automóvil y se encaró directamente con Baxter.

—Amigo, ¿en qué nuevo lío se ha metido usted? —preguntó, con sorna.

Baxter agarró por el brazo al policía y se lo llevó aparte.

—Teniente, quiero enseñarle algo. Lo despegué del parabrisas, cuando vi que podía levantarme sin riesgos.

Adherido a la palma de su mano derecha, estaba el trébol rojo, que Baxter había despegado antes de que llegasen los patrulleros. La anchura era de unos cinco centímetros y la longitud total, incluido el pedúnculo, de unos siete y medio. Jamison se indignó al ver la insignia que, hasta entonces, había proclamado una muerte violenta.

—Lo habrá despegado con las manos desnudas —barbotó.

—Teniente, en los tréboles anteriores, ¿han encontrado alguna vez una sola huella dactilar? —explicó Baxter, vivamente.

—Bueno, pero podía haber existido una posibilidad…

—La banda está compuesta por tipos muy listos. El que disparó contra mí vio que había fallado y tomó las de Villadiego inmediatamente, cosa que también habría hecho si hubiese

conseguido la diana deseada. No, no van a cometer semejante error… sobre todo, si se tiene en cuenta que manipuló en mi automóvil para dejarlo precisamente aquí, un poco apartado de la farola, y conseguir de este modo una mejor iluminación.

—¿Quiere decir que le movió el coche? —se asombró Jamison.

—De haber seguido en su puesto, estaría ahora justo bajo la farola y ésta al nivel de la portezuela posterior, lo que, como puede imaginarse fácilmente, deja en sombras el puesto del conductor. Aquí, ya lo ve, la visión para el tirador es excelente.

Jamison asintió, pensativamente. Luego se puso las manos en los costados.

—Baxter, usted es aficionado a meter las narices en corrales ajenos. ¿Qué diablos sabe de la Banda del Trébol Rojo?

—Nada, en absoluto, salvo las noticias que corren por ahí. Puede creerme, teniente…

—Sí, pero ellos, en cambio, parecen tener algo contra usted.

—Eso es lo más curioso del asunto. Usted sabe bien que todas las víctimas de esa banda eran gente adinerada y que, aunque no se haya averiguado todavía, debían tener algo en común. Le aseguro solemnemente, Jamison, que nunca conocí ni tuve la menor relación de ninguna clase con esos asesinados.

—Entonces, ¿por qué diablos le dispararon a usted?

Baxter se encogió de hombros.

—Sería cosa de preguntárselo al tirador —contestó.

Despegó el trébol de la palma de su mano y lo adhirió a la solapa de la chaqueta de Jamison.

—Un recuerdo cordial de un buen amigo y, a veces, competidor aficionado —sonrió—. Pero hay una cosa que llama mucho mi atención, teniente.

—Dígamela, Baxter.

—En la baraja, corazones y diamantes son rojos, y picas y tréboles negros. ¿Por qué emplean incorrectamente el color en su distintivo?

—No lo sé, francamente, no sé qué decirle…

—Quizá haya una respuesta, un tanto sibilina, ciertamente, pero creo que acertada. En la circulación, el color rojo es prohibición de paso… y aquí, el trébol rojo significa prohibición de seguir vivo.

Jamison abrió la boca, estupefacto. Antes de que pudiera emitir una sola sílaba, Baxter se sentaba en el coche y accionaba el contacto.

CAPÍTULO II

—ALGUNAS de las noticias de los diarios de esta mañana mencionan muy estruendosamente el nombre del señor —dijo Tim Koye, el criado de Baxter, mientras servía el desayuno.

—Por fortuna, me mencionan como superviviente —sonrió el joven —. Pero le faltó el espesor de un cabello para que ahora estuvieras lamentando mi muerte.

—Nunca me habría consolado de su pérdida, señor —afirmó Koye..

—Gracias, Tim.

—Pero ¿quién puede tener interés en disparar contra usted, señor? Claro que ha conseguido algún enemigo que otro, aunque ello no parezca lógico en este caso. Primero le pusieron el trébol rojo… ¿Y por qué no después de su muerte?

—Sencillamente, porque el asesino calculaba que no podía fallar su tiro. Y le resultaba imposible salude su pozo de tirador, cruzar a la carrera la calle y, además, oblicuamente, lo que representa un trayecto mucho más largo, sacar el trébol rojo, pegarlo en el parabrisas y echar a correr. El fusil hizo mucho ruido, lo cual le obligaba a actuar en sentido inverso a los casos anteriores, sobre todo, teniendo en cuenta la obra cercana, que le permitía escapar por la parte posterior en donde, seguramente, tenía apostado su coche.

—Una deducción llena de brillante lógica, señor… —apreció Koye —. Ahora bien, si no cree que se trate de un enemigo personal, ¿por qué entonces esa tentativa de asesinato?

Baxter levantó un poco las dos manos.

—¡Ah! ¿Quién puede contestar a esa pregunta?

—Usted, señor.

Hubo un instante de silencio.

—Tim —dijo Baxter, lentamente—, no me compliques la vida.

—Yo no complico la vida al señor, sino los miembros de la Banda del Trébol Rojo, que quisieron simplificársela, mediante una bala de fusil.

—Y tratas de insinuar que debo averiguar…

—La ignorancia acarrea siempre pésimas consecuencias; pero más cuando la propia vida está en juego, señor.

Baxter dio un puñetazo en la mesa.

—De todos modos, no comprendo por qué quisieron asesinarme. Nadie me ha amenazado previamente, ni me ha pedido dinero, ni me ha hecho objeto de extorsión ni yo, en los últimos tiempos al menos, he realizado acciones que pudieran perjudicar gravemente a alguien, siempre que esos perjuicios no hayan sido en contra de tipos que habían cometido un delito. Pero todos mis casos están resueltos…

—Entonces, señor, sólo cabe una respuesta a sus dudas.

—¿Sí, Tim?

—Se trata de una confusión, señor.

Baxter consideró la sugerencia.

—Una confusión… ¿Acaso hay alguien que se me parece extraordinariamente?

—'No es necesario que la confusión sea precisamente sobre el aspecto personal o fisonómico, señor.

—Entonces… —'Baxter chasqueó los dedos—. Tim, por favor, tráeme la guía telefónica.

—Al momento, señor —contestó Koye, con una sonrisa que indicaba bien a las claras la satisfacción que le producía haber dado con una posible solución del enigma.

Los Baxter que figuraban en la guía parecían innumerables. Pero el joven encontró uno que podía responder muy bien a la sugerencia de su criado.

La anotación en la guía, era:

BAXTER, G. W. 744, 79 W. St., 8810457

Lo que significaba que aquel Baxter tenía sus mismas iniciales —él se llamaba George Washington, aunque todo el mundo le conocía por Budd—, vivía en el número 744 de la calle Cincuenta y Nueve Oeste y sabía, también, el número de su teléfono.

—¿Quién diablos será ese Baxter? —se preguntó, mientras presionaba con el índice las teclas adecuadas.

A los pocos momentos, oyó una voz femenina:

—¿Sí?

—Por favor, deseo hablar con el señor G. W. Baxter…

—Querrá decir señora G. W. Baxter.

—¡Oh…! —El joven se quedó parado un instante—. ¿G. W. Baxter, ha dicho, señora?

—Sí, de Grace Wanda, que son mis nombres. ¿Qué vende usted,

amigo? —preguntó la mujer, destempladamente.

—No vendo nada, señora. Si mira la guía, podrá ver otro G. W. Baxter, residente en la Quinta Avenida. Soy yo, precisamente, y tengo muchísimo interés en entrevistarme con usted.

Ella pareció vacilar.

—Esta mañana tengo un compromiso…

—Señáleme usted misma una hora, por favor —rogó Baxter.

—Bien, ¿qué le parece las cinco de la tarde? He de almorzar con una amiga y creo que estaré de vuelta para esa hora. Le diría que viniese ahora mismo, pero he de adelantar mi salida, debido a que tengo el tumo señalado para mi sesión de sauna y masaje…

¿Quién será esta prójima? Quizá una rica ociosa», se dijo Baxter.

—Muy bien, señora; estaré en su casa a las cinco en punto —se despidió.

Koye aguardaba, expectante, a unos pasos de distancia.

—¿Cree el señor que ha tenido éxito la teoría de la confusión? —preguntó.

—Espero poder decírtelo a la noche, Tim —respondió Baxter, a la vez que avanzaba hacia un determinado sector de la pared y que no era otra cosa que la mampara que ocultaba uno de sus más preciados secretos.

* * *

La Agencia Digest Press, fundada por Baxter algunos años antes, había adquirido un gran auge, debido a la gran cantidad de personas abonadas a sus servicios de recortes de Prensa. La inmensa mayoría eran celebridades en todos los aspectos de las artes, las letras y las ciencias, pero también había otra clase de personas que solían ser mencionadas en diarios y revistas y no por méritos científicos, artísticos o literarios precisamente.

Al cabo de un tiempo de la fundación de la agencia, Denis Gray había entrado primero como gerente y luego como director general, puesto que ocupaba con singular eficiencia. Una docena de empleadas se ocupaban casi todo el tiempo; algunas no hacían otra cosa, que recortar las noticias de Prensa, incluidas fotografías, de los abonados a los servicios de la agencia, para remitírselas al domicilio señalado. Pero, de un tiempo a esta parte, Baxter había considerado oportuno, de acuerdo con Gray, fotografiar cuanto se publicaba y debía ser remitido a los clientes, archivándolo luego en microfilmes que podían ser consultados en cualquier momento y fotocopiados, si se estimaba necesario.

En aquel cuarto secreto, Baxter disponía de una completísima red

de comunicaciones, con líneas telefónicas y de TV, privadas conectadas directamente con el despacho del director de su agencia. Tanto los teléfonos como los televisores, disponían de mecanismos de grabación automáticos, para recoger mensajes solicitados en su ausencia. De este modo, un minuto después de haber entrado en el cuarto de comunicaciones, estaba ya en contacto audiovisual con Denis Gray.

—Ayer me dijiste si tenía intenciones de intervenir en el caso de la Banda del Trébol Rojo. Te di una respuesta negativa, ¿verdad?

—Cosa de la que me alegré infinito —contestó Gray—. Pero he leído los diarios de la mañana y… ¿Qué diablos les has hecho tú a esos tipos?

—Eso es lo que me gustaría saber, aunque, personalmente, opino puede tratarse de un error por confusión. ¿Sabes?, hay otra persona llamada G. W. Baxter en Nueva York.

—¡Caramba! Eso es completamente nuevo para mí…

—En realidad, hay unas cuantas más, las iniciales de cuyos nombres son G y W, pero en estos casos el apellido Baxter tiene un añadido, detrás de un guion: Baxter-Reed, Baxter-Court… G. W. Baxter sólo somos dos y la otra persona es una mujer con la que acabo de hablar y concertar una cita para las cinco de la tarde.

—Miraré si tenemos algo de la señora Baxter…

—Grace Wanda —puntualizó el joven—. Pero todavía tienes que hacer algo más, Denis.

—Dime, Budd. Ahora yo también siento mucho interés en este caso, dado que te han atacado directamente, sin que tú hayas hecho nada para enojarlos.

—Hasta ahora, las víctimas de la Banda del Trébol Rojo son tres. Aparentemente, no existen motivos para esas eliminaciones, porque ninguno de los muertos fue objeto de extorsión o chantaje. Pero yo opino que debe de existir algún nexo de unión entre las víctimas, hasta ahora ignorado por todos, ¿comprendes?

—Y tú piensas que resultaría útil conocer ese factor común.

—Exactamente. Ahora, por favor, anota los nombres de los tres asesinados hasta el momento. Son, por orden cronológico, Ransome T. Dovan, Lee R. Mac Ivorson y Carver F. Pendleton. Quizá de algunos tengamos noticias en nuestro archivo…

—Haré que busquen y te lo notificaré inmediatamente.

—Gracias, Denis —Baxter meneó la cabeza—. El tipo disparó contra mí con un rifle de alta potencia. La bala atravesó el cristal, el asiento y la portezuela. Aún me siento como si acabara de nacer.

—Es lógico, pero ¿cómo diablos adivinaste que iban a disparar contra ti? Aunque claro, si habías visto ya el trébol rojo pegado al

parabrisas…

—El tipo había movido el coche, para que mi puesto de conductor quedase bien iluminado por una farola cercana. Me extrañó no encontrarlo en su sitio… y me tiré al suelo, justo cuando él apretaba el gatillo.

—Sí, tuviste suerte —convino Gray—. Pero eso indica que ya te seguían desde hace tiempo.

—Es lo que me preocupa —se despidió Baxter.

Apagó el televisor y salió de la estancia. La pared volvió silenciosamente a su sitio y la sala recobró su aspecto normal. Nadie podría haber adivinado lo que había al otro lado del muro.

Koye, su criado, le salió al encuentro, con un objeto en las manos.

—Acaban de entregarlo para usted, señor —dijo.

—¿Un obsequio? —Baxter sopesó el objeto y añadió—: Tiene el aspecto de un libro, pero no parece pesar como un libro. Se nota cierta rigidez en su estructura…

—Con su permiso, señor; yo opino que se trata de una caja de habanos.

—¡Habanos! —exclamó Baxter—. Pero si yo no los fumo casi nunca…

—Bien, a veces, resulta conveniente tener una caja en casa para obsequiar a las amistades, señor.

—Eso sí es cierto. Pero ¿quién diablos se ha molestado en hacerme este regalito?

—¿Por qué no quita la envoltura, señor? —sugirió Koye—. Quizá dentro encuentre algún breve mensaje, escrito por el donante…

—Sí, será lo mejor.

Koye tenía razón. Adherido con un centímetro de papel adhesivo a la madera de la caja de habanos, había un sobre. Baxter lo abrió y extrajo de su interior un singular mensaje:

«LE ROGAMOS DISCULPE EL ENORME ERROR QUE COMETIMOS ANOCHE. ACEPTE ESTOS HABANOS, COMO PRENDA DEL PERDON QUE SOLICITAMOS.»

La misiva tenía una firma singular: un trébol rojo, del tamaño de los que aparecen en los naipes franceses! Baxter se quedó con la boca abierta y los ojos fijos en la misiva, singular por dos detalles extraordinarios.

En primer lugar, el trébol rojo que figuraba como firma, había sido recortado de un trovo de cartulina del mismo color, cosa que comprobó al pasar el pulgar por encima. Pero era un detalle de poca monta, comparado con las letras del mensaje.

Todas eran diferentes y ninguna había sido escrita a mano. Todas habían sido recortadas de diferentes periódicos y revistas, y pegadas luego sobre el papel.

Al cabo de unos segundos, Baxter enseñó la carta a su criado.

—¡Asombroso! —dijo Koye—. Luego, ellos mismos reconocen su error…

Baxter asintió, profundamente preocupado. Sí, la Banda del Trébol Rojo admitía su error… ¡y ello significaba que había otra persona en inminente peligro de muerte!

De pronto, sintió que se le ponían los pelos de punta.

—¡Grace Baxter! —exclamó, a la vez que se abalanzaba hacia el teléfono.

El timbre sonó largamente al otro lado de la línea, sin que nadie contestase a la llamada. Baxter comprendió que Grace había salido ya de su casa.

—¡Tengo que hacer algo! —exclamó—. Tim, llama a la policía. Pide que te pongan, como sea, con el teniente Jamison. Explícale lo que pasa, dile que corra a casa de la señora Baxter… Es el setecientos cuarenta y cuatro de la calle Cincuenta y Nueve Oeste… Ella habrá salido ya para la sesión de sauna y masaje y, seguramente, el conserje debe de saber adónde lo nace. Anda, no pierdas tiempo, Tim; quizá podamos salvar todavía una vida.

Mientras Koye telefoneaba, Baxter corrió a su dormitorio y se vistió en, unos segundos. Luego salió del apartamento a la carrera y, en el ascensor, se precipitó hacia el garaje subterráneo, donde tenía el otro coche, ya que el afectado por el disparo se lo habían llevado aquella misma mañana al taller.

Mientras conducía en dirección a la calle 59, rogó mentalmente para que no le sucediera nada a la que estimaba próxima víctima de la siniestra banda de asesinos, que firmaban sus crímenes con un trébol rojo.

CAPÍTULO III

UN tanto descontenta de su figura, que veía con algunos kilos de más, Grace 'Wanda Baxter se retocó el cabello frente al espejo, ya ataviada para salir de casa. En cuanto hubiese perdido aquellos kilos, su silueta quedaría perfecta, se dijo. Sobre todo, si se tenía en cuenta que ya no cumpliría los cuarenta años, a pesar de lo cual, y aun contando con el exceso de peso, aún hacía volver muchas cabezas en la calle.

Satisfecha de su atavío, sencillo, pero de indudable elegancia, Grace tomó el bolso, de cuero negro y bastante buen tamaño, y se dirigió hacia la salida. Unos minutos después, el ascensor la depositaba en el vestíbulo.

Ella vivía en el piso veintinueve de un edificio en el que los quince primeros pisos estaban destinados a oficinas comerciales. Por tanto, el movimiento del vestíbulo, de enormes dimensiones, era incesante. A partir de las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, aquel vestíbulo parecía una plaza pública, por la que iban y venían constantemente toda clase de gentes.

Grace atravesó el vestíbulo con paso moderado. Escuchó un par de frases dirigidas en sentido elogioso a su aspecto y procuró no sonreír. En realidad, se sentía muy halagada de llamar todavía la atención.

De repente, cuando ya alcanzaba una de las puertas, un hombre chocó contra ella. El individuo, de aspecto más bien corriente, llevaba un impermeable en el brazo derecho y, tras el choque, sujetó a Grace con la otra mano, a la vez que se excusaba cortésmente.

—Dispénseme, señora; hay tanta gente en este lugar…

¡Señora! —gritó el hombre, súbitamente—. ¿Qué le sucede? ¿Se siente enferma?

En el rostro de Grace había aparecido repentinamente una terrible palidez. Casi en el mismo instante, se doblaron sus rodillas.

Sonaron algunos gritos de alarma. El hombre del impermeable pidió socorro a voz en cuello.

—¡Llamen a una ambulancia! ¡Esta mujer se ha puesto enferma! ¡Por favor, ayuden, ayuden…!

La gente se precipitó en tropel, alrededor de la pareja. Grace yacía en el suelo, con la cabeza a un lado.

Alguien dijo súbitamente:

—Abran paso, por favor. Soy médico… Apártense, apártense…

El círculo se ensanchó un tanto. El médico se arrodilló junto a la mujer caída en el suelo y soltó los botones de la chaqueta oscura que vestía, dejando al descubierto la blusa de seda blanca.

En el mismo instante, sonó un alarido de horror. En el centro de la seda blanca, se veía una mancha de color rojo inconfundible, que brillaba siniestramente.

El galeno se quedó atónito.

—Por todos los… ¡Esta mujer ha sido asesinada!

Entonces, el brazo izquierdo de Grace se movió un poco y el bolso quedó tumbado sobre el pavimento, con la cara que antes iba pegada a su cadera, ahora hacia arriba. Todos los presentes pudieron contemplar, estupefactos y aterrados a un tiempo, el trébol rojo que una mano asesina había adherido al cuero.

Con una mano, el médico levantó el párpado superior izquierdo de Grace, a la vez que le tomaba el pulso. Unos segundos después, meneaba la cabeza con gesto pesimista.

—Esta mujer ha muerto —declaró. Contempló un segundo la herida y agregó—: La bala ha ido directamente al corazón.

* * *

Los dos coches llegaron con diferencias de pocos segundos. Al apearse, Baxter vio ya un coche de patrulla de la policía. Jamison saltó a la acera, casi en el acto.

Los patrulleros mantenían a la gente apartada a ambos lados de la puerta. Jamison reconoció a Baxter.

—He recibido un aviso —dijo.

—Sí, mi criado —admitió el joven—. Pero temo que hemos llegado ya demasiado tarde.

Jamison había visto ya lo suficiente para temer lo peor y asintió con la cabeza.

—Venga conmigo —indicó.

Los dos hombres se precipitaron en el vestíbulo. Otros policías de uniforme procuraban dejar destacado el cadáver de Grace. Había un hombre junto a ellos, que fumaba nerviosamente.

El sargento que mandaba el grupo saludó a Jamison.

—Señor, le presento al doctor Sawyer —dijo—. Él fue quien atendió a la difunta, cuando alguien gritó que una mujer se ponía

enferma…

—¿Doctor? —saludó el oficial—. ¿Vio usted algo?

—Nada, hasta que oí los gritos —contestó Sawyer—. Cuando llegué, esta pobre mujer yacía en el suelo. Vea su traje de chaqueta, oscuro… Ella la llevaba abrochada y en el primer instante, no me fijé en el orificio de la bala que, como apreciará, está chamuscado por las quemaduras de la pólvora. Abrí la chaqueta y entonces fue cuando vi la sangre…

—Y esto además, señor —dijo el sargento, manteniendo en alto el bolso con la roja insignia de la muerte.

Baxter y Jamison cambiaron una mirada. La siniestra banda había golpeado una vez más.

En la calle se oyó el aullido de una sirena.

—Pero ¿cómo es posible…? —exclamó Jamison—. ¿Nadie oyó el disparo, sargento?

—Señor, pienso que el asesino usaba silenciador. Pero con el jaleo que hay en este edificio, sobre todo por las mañanas, hasta el ruido de un cañón podría pasar desapercibido.

—Al menos, alguien ha podido ver cómo disparaban contra esta mujer.

De pronto, una mano se alzó entre el grupo de curiosos. En el mismo momento llegaban el forense y los sanitarios.

—¡Oficial! —gritó el sujeto que había levantado la mano—. Yo vi algo que puede interesarle…

—¡Venga acá! —llamó Jamison.

El testigo se acercó y enseñó una tarjeta de identidad.

—Me llamo Robert Johnson —declaró—. Sí, yo vi a esa mujer cuando se dirigió hacia la salida. Me llamó la atención y la seguí con la mirada; aunque algo madura, todavía resultaba guapa… Un hombre chocó con ella y la hizo tambalearse, pero vi que se disculpaba… Casi en el mismo momento, el hombre gritó que una mujer se ponía enferma… Se formó un gran revuelo, naturalmente. Entonces apareció el doctor… y luego fue cuando vimos que esa pobre mujer estaba muerta.

Baxter adelantó un paso.

—Ha dicho que un hombre tropezó con la señora Baxter —dijo—. ¿Recuerda el aspecto del sujeto?

Johnson frunció el entrecejo.

—Pues… era de mediana estatura, más o menos como usted… Llevaba el pelo corto, liso, brillante, con un peinado que ya no se usa… engominado, comprende… En ese detalle sí me fijé… ¡Ah, sí, llevaba un impermeable en el brazo derecho!

Baxter se volvió primero hacia Jamison y luego hacia la puerta.

—Un impermeable… ¡y con este día! —exclamó.

El sol lucía radiante en el cielo de la ciudad. El impermeable, en efecto, resultaba incongruente en el atavío.

—Pero le sirvió perfectamente para tapar la mano y la pistola —exclamó Jamison—. Y como llevaba silenciador y había tanto jaleo en el vestíbulo, resulta comprensible que nadie se apercibiera de lo sucedido, hasta que ella empezó a caer. —Giró la cabeza hacia el testigo—: ¿Vio usted lo que hizo el hombre del impermeable, después de pedir ayuda?

—No, señor. Hubo un alboroto impresionante…

—La gente se arremolinó y él aprovechó para escapar —dijo Jamison, con acento de frustración—. Y así, se ha cometido un asesinato en el centro de Nueva York; el asesino, incluso, ha firmado su hazaña con el trébol rojo y luego se ha marchado tranquilamente, sin que nadie le molestase.

Baxter alzó una mano.

—Señor Johnson —preguntó al testigo—; ¿se fijó en la edad del supuesto asesino?

—Me pareció más joven que usted, pero no pude captar más detalles. ¡Todo sucedió tan rápido!

El forense se acercó en aquel momento.

—Muerte por herida de bala, que ha interesado directamente el corazón, disparada a quemarropa —informó—. El cañón de la pistola se apoyó en el tejido de la chaqueta, que absorbió las quemaduras de la pólvora. Le enviaré más tarde mi informe completo, teniente.

—Gracias, doctor. ¡Sargento Ryles!

—¿Teniente?

—Haga que uno de sus hombres acompañe al señor Johnson a mi oficina y que el sargento Sinesioi le tome declaración. Cuando termine, pongan un coche a disposición del señor Johnson para llevarle adonde deba acudir. Gracias, señor Johnson.

—Ha sido un placer, teniente. —El testigo contempló melancólicamente el bulto que, situado ya bajo la sábana blanca, salía en la camilla de ruedas a la calle—. Pobre señora; aún tenía mucha vida por delante…

Jamison agarró a Baxter por un brazo y le empujó hacia la salida.

—Tenemos que hablar, Baxter.

—Me llamo Budd.

—Yo, Keith.

—Cincuenta pasos más abajo hay una cafetería, Keith.

—Totalmente de acuerdo, Budd.

* * *

—De modo que fue su criado el que le sugirió la teoría del error sobre la personalidad —dijo Jamison.

—Así es. Porque, claro, yo no encontraba motivo alguno para haber irritado a la Banda del Trébol Rojo. Y entonces fue cuando se me ocurrió mirar en la guía telefónica. Hay varios Baxter con las mismas iniciales que yo, pero sólo la difunta no tenía el apellido compuesto. Ella y yo figuramos en renglones seguidos. Otros G. W. Baxter añaden un guión y un segundo apellido al conjunto del nombre oficial. Nosotros, no.

—Ya, pero ¿por qué le eligieron a usted, anoche?

—En la guía telefónica, el orden alfabético de George Washington, que son mis nombres, es anterior al de Grace Wanda, que es… era, el de la víctima. Y el obsequio de la caja de habanos corroboró mis suposiciones.

—Es decir, usted había hablado ya con Grace.

—Sí, le pedí una entrevista, aunque no le dije los motivos. Pensaba hablar con ella a las cinco de la tarde, que era la hora acordada. Grace dijo que tenía un compromiso para almorzar con una amiga…

—¿Dio su nombre? —preguntó Jamison, esperanzadamente.

—No, ni se me ocurrió preguntárselo siquiera. Keith, en aquellos momentos yo sólo pensaba en la entrevista de la tarde. Todavía no había recibido las disculpas de la Banda del Trébol Rojo.

—Y entonces fue cuando…

—Más que sospechar, lo presentí —respondió Baxter—. Por eso, para no perder tiempo, hice que le llamase mi criado.

—Perdimos el tiempo —se lamentó Jamison—. El asesino llegó antes.

—Y dejó su sello mortal.

El policía asintió.

—En total, la única pista que tenemos es la descripción que nos dio Johnson —dijo.

—Pero usted puede hacer algo más por otra parte, sobre todo teniendo en cuenta los medios de que dispone —exclamó Baxter.

—¿Qué es, Budd?

—Debe encontrar el factor común existente entre las víctimas. Tengo la impresión de que, en tiempos, algo debió de unir a esas cuatro personas asesinadas. Si encuentra ese factor común, podrá decir que tiene adelantada la mitad del camino, o quizá todo.

* * *

Al llegar a su casa, Baxter abrió la puerta con su propia llave, a fin de no molestar a su criado. Al entrar, un hombre se volvió súbitamente hacia él.

La sorpresa fue recíproca. Pero la de Baxter mayor, sobre todo porque vio la sala completamente revuelta. Y entonces el sujeto aprovechó para arrojarse sobre él con la cabeza gacha.

Baxter levantó el brazo derecho, poniendo el codo por delante, a fin de parar el golpe, pero el intruso había calculado bien su impulso y su cabeza pasó por debajo del brazo. Baxter recibió el golpe y salió disparado hacia atrás, perdido el resuello por completo.

Cuando quiso recobrarse, el intruso había desaparecido ya. Tardó unos momentos en volver a la normalidad, sumamente fastidiado por haberse dejado vencer, él, un maestro en las Artes Marciales Orientales, por el que estimaba un aficionado con buenos reflejos, simplemente.

Permaneció sentado en el suelo, dándose masajes en el pecho, hasta que se sintió mejor. Entonces, de repente, recordó a su criado y se le pusieron los pelos de punta.

—¡Tim! —gritó.

En algún lugar del apartamento sonaron unos golpes. Baxter se levantó de un salto y corrió hacia el armario ropero de su dormitorio. Al hacer correr una de las puertas deslizantes, vio a Koye, amordazado y atado como un salchichón.

Lo primero que hizo fue quitarle la mordaza. Koye respiró a pleno pulmón.

—Suplico al señor se digne disculpar a este indigno servidor suyo, que se dejó sorprender miserablemente por un sujeto completamente ignorante de la más sencilla disciplina de las Artes Marciales —dijo, mientras Baxter se entretenía en soltar las ligaduras.

—Las disculpas deben ser recíprocas, Tim —contestó el joven—. También a mí me sorprendió vergonzosamente.

—¿Es posible que ese individuo haya derrotado al señor?

—Lo es, Tim. Y cuando la derrota se produce por causas ajenas a la voluntad, no se debe sentir vergüenza en admitir la superioridad del atacante.

En aquel momento, cuando Koye tenía ya las manos libres, sonó el teléfono.

* * *

Baxter acudió a la carrera y levantó el aparato. Una voz femenina, de dulces entonaciones, pronunció su nombre.

—Sí, yo mismo… ¿Con quién tengo el honor…?

—Soy Spring Kalder. Nos conocimos anoche, en la fiesta de los señores Mac Andrews.

—¡Oh, sí!, la recuerdo perfectamente. Mejor dicho, no la podría olvidar ya, aunque quisiera —contestó Baxter, pensando que la galantería no debía estar reñida con sus preocupaciones—: ¿Puedo servirla en algo, señora Kalder?

—Bien, únicamente llamé para interesarme por su estado de ánimo… He leído en los periódicos el atentado de que fue objeto y me he sentido profundamente consternada.

—Muchas gracias, señora Kalder.

—Señor Baxter, permítame que le exprese mi más viva simpatía y le felicite por haber resultado ileso de ese espantoso atentado.

—Es usted muy amable… ¡Eh, ejem!… —Baxter tosió un par de veces—. Señora, aprovechando que ha tenido la delicadeza de llamarme… Bien, quizá me tome por un hombre osado… pero ¿no aceptaría una invitación mía para cenar cualquier noche?

Baxter oyó una argentina carcajada.

—Es usted un hombre de una clase única —dijo Spring—. Anoche estuvo a punto de morir… ¿y ya piensa en salir a cenar con una mujer?

—Una mujer que es el compendio de la belleza, señora.

—Gracias, señor Baxter. La verdad es que estos días tengo un calendario bastante apretado… Le llamaré cuando disponga de unas horas libres.

—Muy bien, señora Kalder. Muchas gracias por todo.

Baxter dejó el teléfono en su sitio y se dirigió al bar, en donde llenó dos copas. Koye salía en aquel momento, con un pañuelo sobre la frente.

—El tipo me pegó un porrazo, sin más explicaciones —se quejó—. Creo que no me dio tiempo siquiera a ver las estrellas.

—Esto te pondrá un poco mejor —dijo Baxter, entregándole la copa. Miró a su alrededor—. La verdad es que ha causado un buen estropicio —comentó.

—Buscaba algo; ¿no le parece, señor?

Baxter entornó los ojos.

—Sí, eso creo, pero… ¿qué diablos podía buscar?

Los cigarros de la caja obsequiada yacían dispersos por el suelo. Al verlos, Baxter concibió una sospecha.

—Ya lo sé —exclamó. Pero se echó a reír, a la vez que palmeaba el bolsillo derecho de su chaqueta—. Perdió el tiempo, Tim —añadió.

—¿De veras, señor?

Baxter sacó el mensaje recibido junto con los habanos.

—Esto es lo que buscaba, y como yo lo tenía encima, no pudo encontrarlo.

—Lo cual significa que puede volver en cualquier momento, señor —dijo Koye, aprensivamente.

—Quizá sí y quizá no, pero, a partir de este momento no abriremos la puerta sin comprobar la personalidad del visitante. Tim, ¿sabes lo que estoy pensando?

—No soy telépata, señor —contestó el interpelado.

Baxter agitó el mensaje.

—Aquí hay una pista que puede delatar, al menos, a uno de los miembros de la Banda del Trébol Rojo —declaró.

* * *

Mientras Koye se ocupaba en poner en orden nuevamente el apartamento, Baxter, en su gabinete de trabajo, en el que el asaltante no había tenido tiempo de entrar, se dedicaba a la afanosa tarea de encontrar la pista que suponía estaba en el mensaje.

Cada letra procedía de un impreso diferente. Las había de todos los tipos: mayúsculas, minúsculas, con más o menos adornos… De pronto, reparó en una letra algo mayor que las demás.

Era una «L» y, al recortarla, el autor del mensaje había dejado un trozo de papel en el que aparecía el principio de dos líneas impresas. La «L» tenía un curioso diseño y le pareció vagamente conocida.

Durante unos minutos se concentró en aquella letra, que era la segunda del artículo «el» que precedía a «enorme error». ¿Dónde diablos la había visto anteriormente?

De pronto creyó recordar.

—Es muy posible…

Se levantó y abandonó el despacho. Momentos después estaba en contacto con Gray.

—Aún no tengo los informes que me pediste esta mañana —se quejó el director de la agencia.

—Ahora quiero pedirte otra cosa —dijo Baxter—. ¿Recuerdas la revista Life & Sex?

Gray hizo una mueca de repugnancia.

—¡Pornografía químicamente pura y absolutamente detestable —calificó.

—Bueno, pero el caso es que, si mal no recuerdo, teníamos algo sobre esa revista. Enviábamos, o quizá seguimos enviando, recortes a varias personas…

—Nunca comprendí por qué nos pedían recortes, cuando podían comprar la revista en cualquier parte donde se venden estas basuras.

—Tal vez para enviar esos recortes a alguna agencia de contratación de artistas —apuntó Baxter.

—Puede ser —dijo Gray, no demasiado convencido.

—Lo cierto es que tuvimos, o quizá aún tengamos, clientes de esa revista. Mira a ver lo que hay en el archivo y hazme una lista, ¿quieres?

—Sí, Budd.

—¡Ah!, y anota ya la cuarta víctima de la Banda del Trébol Rojo: Grace Wanda Baxter —se despidió el joven, ante la estupefacción de su distante interlocutor.

* * *

Aquella misma tarde, Baxter tuvo ya una completa información sobre las cuatro víctimas. Y también recibió una lista de seis personas que habían solicitado recortes de la revista Life & Sex (Vida y Sexo).

Cinco eran mujeres y la sexta era un hombre. El hombre continuaba manteniendo la suscripción, lo mismo que dos de las mujeres. Baxter calculó que no habrían tenido éxito en sus esfuerzos de llegar a ser algo más que simples figurantes de escenas de variado calibre erótico. Las tres mujeres restantes habían cancelado la suscripción hacía ya tiempo, en unos plazos que oscilaban de dos años a unos meses.

Las mujeres, era preciso reconocerlo, tenían una espléndida figura. Pero las dos que continuaban suscritas aparentaban ya cierta edad, superior a los treinta años. Tal vez ello era una desventaja para salir de aquella mediocridad.

Tras mucho reflexionar, eligió a la que usaba el nombre artístico de Phoenix Dora. Tenía su dirección y número de teléfono y usó éste. Phoenix Dora contestó casi de inmediato.

—¿Eres tú, Lañe? —dijo la mujer ansiosamente—. ¿Tienes algo para mí?

Lañe, pensó Baxter, debía de ser, quizá, su agente artístico.

—Lo siento, señora… Phoenix. No soy Lañe, pero sí me gustaría obtener una entrevista con usted, de la que podría obtener quizá ciertos beneficios.

—No le conozco, amigo —dijo ella con rigidez.

—Indíqueme un lugar donde encontrarnos, en público, para que no tema nada de mí; yo acudiré, y si no le gusta mi cara, se marcha y en paz. Pero sólo por acudir a la cita, le pagaré veinticinco dólares. ¿Hace?

Phoenix dudó un momento.

—Está bien. El Red Castle, a las ocho en punto. Está en la Calle 130 Este.

—Gracias, señorita.

Como tenía fotografías de Phoenix, pudo reconocerla sin dificultad en el momento del encuentro. Phoenix era una mujer alta, de grandes pechos y rotundas caderas, pero ya con algunas patas de gallo en los ojos. El maquillaje, pensó Baxter, disimularía aquel efecto en el momento de actuar bajo los focos del estudio.

—Soy Baxter —se presentó—. ¿Qué le parezco?

Phoenix le miró críticamente.

—Muy aceptable. Y con cara de persona decente —respondió.

—No se fíe nunca de las caras de la gente —dijo él, sentenciosamente, a la vez que agarraba el carnoso brazo de la mujer—. Allí veo una mesa donde podremos charlar a gusto. Pida usted lo que le apetezca y no tema, por lo menos recibirá los veinticinco concertados.

—¿Me he encontrado con un príncipe oriental? —dijo Phoenix, ¡tónicamente.

—¿Quién sabe? —sonrió Baxter.

* * *

—Esta vida es muy dura, asquerosa, repugnante —le confesó Phoenix, después del segundo trago de whisky—. Tienes que hacer verdaderas marranadas, total, para conseguir doscientos dólares en el mejor de los casos… Y si, además, no tienes suerte, entonces es fácil imaginarse el porvenir que le espera a una. Hace ya dos semanas que no me llaman, lo cual significa que, dentro de nada, tendré que echarme a correr las calles.

—Es verdaderamente lamentable, Phoenix —convino Baxter—. Dígame una cosa tan sólo. ¿Qué hace usted con los recortes que le enviamos?

—¡Oh!, los envío a mi vez a otras agencias artísticas… Pero hace ya unos meses que me los devuelven, diciendo que ya me llamarán cuando tengan algún papel… Excusas para no quedar mal, ¿comprende?

—Usted envía los recortes con el título de la revista.

—Sí, eso es.

—¿Qué ha hecho de los que le han devuelto y que sabe no podrá enviar ya a otra agencia?

—Los quemo, claro.

—Alguna vez, incluso, habrá comprado la revista.

—Poquísimas veces, pero ya no conservo ninguna desde hace meses. Quemé la media docena que aún conservaba.

Baxter adivinó la amargura que latía en el ánimo de una mujer que, años atrás, había esperado tal vez triunfar en el cine o en la televisión y que se había visto obligada a desempeñar papeles pornográfico por una miseria.

—Phoenix, ¿sabe usted algo de sus compañeras?… Quiero decir, de las chicas que actúan con usted…

Ella negó con la cabeza.

—No, salvo Afrodita Jones. Esta muchacha sí ha triunfado y ahora hace películas más… decentitas. De todos modos, no es una estrella de renombre mundial.

—¿Puede darme su dirección?

—Sí, desde luego.

Baxter anotó las señas de la artista. Miró a Phoenix y sonrió, a la vez que le entregaba el doble de la cantidad prometida.

—Gracias —dijo.

—Oiga, esto es más…

—Guárdelo, Phoenix.

—Sí, usted tiene cara de buena persona… ¡Espere, su apellido me suena! —exclamó ella, repentinamente—. Lo leí esta mañana en el periódico… Luego la radio dio la noticia de un asesinato… ¿Esa mujer apellidada Baxter, era familiar suyo?

—No; aunque sí, por lo visto, tenía algo que ver con la Banda del Trébol Rojo.

Phoenix pareció concentrarse en sí misma.

—El Trébol Rojo —murmuró—. ¿Dónde escuché yo este nombre, hace ya bastante tiempo?

—¿Dice que lo oyó hace tiempo?

—Tres, cuatro, quizá cinco años… y no consigo recordar…

—Tal vez era el nombre de algún local, Phoenix.

—Es posible, aunque me parece que no. —Ella sonrió—. Lo siento, no consigo hacer memoria.

Baxter le entregó una tarjeta.

—Procure recordar, Phoenix —solicitó—. Para mí sería muy importante.

—¿Es usted un detective que investiga el caso privadamente? —preguntó en voz baja.

Baxter le guiñó un ojo. Ella correspondió de la misma forma.

—Oye —le tuteó repentinamente—, ¿por qué no vienes a mi casa a tomar una copa? Quizá podría recordar…

—Tengo trabajo —se disculpó él, aunque reconocía que Phoenix

conservaba todavía los suficientes atractivos como para hacerle pasar un rato agradable—. Otro día —prometió.

—De acuerdo…

Phoenix se interrumpió súbitamente.

—¡Ah, ahí está ese bribón de Lañe Trowse! —exclamó—. Se dice mi agente artístico, pero no se preocupa de mí más que de la colilla de su último cigarro. Dispensa, muchacho, voy a ver si me dice algo.

Phoenix se levantó, encaminándose hacia su agente, un sujeto de mediana estatura, que parecía morder un cigarro con los dientes y estaba acompañado de otro sujeto, de hercúlea figura y rostro simiesco. Baxter pensó que el llamado Lañe Trowse debía de ser todo, menos agentes artístico.

Phoenix se acercó a Trowse con vivo taconeo.

—Lañe, ¿tienes algo para mí? —preguntó.

Trowse volvió la cabeza para mirar despectivamente durante un segundo.

—¡Sí, un cubo, una bayeta y una escoba! —respondió.

CAPÍTULO IV

EL rostro de Phoenix se volvió súbitamente del color de la púrpura. Sin poder contenerse, alzó la mano a la vez que escupía un insulto a la cara de Trowse:

—¡Sarnoso hijo de puta! Llamarme fregona…

El cigarro de Trowse salió volando por los aires, en tanto él mismo daba media vuelta a causa del tremendo impacto recibido en la mejilla izquierda. Phoenix era más robusta de lo que aparentaba, aunque no tanto como el gorila de Trowse.

El hércules golpeó a Phoenix con la mano izquierda y la tiró contra una mesa, que se volcó en el acto, con gran estrépito de vidrios rotos. Baxter se puso en pie.

Aquello no le había gustado en absoluto. La despiadada respuesta verbal de Trowse había tenido su complemento en la acción física de su gorila. Phoenix, aturdida, yacía en el suelo, con las faldas casi en la cintura y los ojos llenos de lágrimas, causadas por la rabia y la frustración, conjuntamente.

El gorila se echó a reír. Baxter se le acercó y, provocador, disparó un papirotazo con el índice a la minúscula nariz del sujeto.

Sonaron algunas risas. El gorila hinchó el pecho de tal modo, que Baxter llegó a pensar ciertamente en un simio auténtico. Luego disparó un enorme puño contra la cara del osado individuo que había dañado su nariz.

Pero el puño, que parecía un saco de patatas, no encontró su blanco. Moviéndose como un bailarín profesional, Baxter giró un cuarto a su derecha, a la vez que retrocedía un paso. Su pie izquierdo quedó delante del derecho del gorila quien, siguiendo el impulso primitivo, se desplazaba hacia adelante.

Al mismo tiempo, agarró aquel enorme brazo con las dos manos y aumentó el impulso de su adversario. El gorila cayó de bruces con tremendo estrépito, lo que provocó un alud de risas y comentarios llenos de mordacidad, de todos los espectadores.

El hércules rugió de nuevo y se puso en pie de un salto. Moviendo

los brazos como aspas de molino, se arrojó contra Baxter. Este le dejó llegar y, tras agacharse velozmente, agarró las dos solapas de la chaqueta del gorila. Tiró hacia sí, dejándose caer de espaldas, apoyado en el pie derecho, mientras la pierna izquierda, doblada, se apoyaba en el estómago del sujeto.

El resultado del encuentro fue un vuelo del hércules, con voltereta incluida, que le hizo caer sobre una mesa, la que pareció estallar como bajo los efectos de una bomba. El gorila quedó aturdido, consciente, pero incapaz de reaccionar.

Trowse le miraba con ojos desorbitados por el asombro. Incluso se había olvidado de su cigarro, que parecía formar parte integrante de su figura.

—¡No me gusta lo que le ha dicho a Phoenix! —exclamó Baxter.

Y de súbito disparó el revés de la mano derecha y el cigarro entró hasta la garganta de su dueño. Trowse cayó de espaldas, gorgoteando y emitiendo extraños sonidos, debido no sólo al objeto que se le había metido en la boca, sino a la misma brasa que le quemaba la lengua y el paladar.

Baxter se volvió hacia Phoenix, que ya se había levantado y le miraba casi con pánico.

—Te acompañaré a casa —dijo.

—Sí… Gracias…

Un camarero se acercó. Baxter puso en su mano dos billetes de a diez dólares.

—Por los desperfectos —dijo—. Si falta algo, que lo pague ese bastardo.

El camarero no pronunció una sola palabra. Baxter agarró el brazo de Phoenix y la empujó suavemente.

De pronto, vio algo que le hizo sentir una extraña sensación.

Junto a la puerta, situada a cuatro peldaños por encima del suelo del local, había un hombre de mediana estatura, delgado y con el pelo muy negro, liso y brillante, peinado de una forma ya anticuada. El recuerdo del testimonio de Johnson estalló, de súbito, en su memoria.

—¡El asesino! —exclamó.

El hombre del pelo engominado abrió la puerta y huyó. Baxter se lanzó enloquecidamente en su persecución. Cuando salió a la calle, le vio en un coche que ya iniciaba la marcha.

—¡Te veré luego, Phoenix! —gritó, mientras se precipitaba hacia su automóvil.

Un segundo después se detenía en seco, a la vez que lanzaba una rotunda interjección. Baxter no era hombre prolífico en palabrotas, pero había ocasiones en que un par de tacos contribuían a desahogar los malos humores.

Las dos ruedas delanteras de su coche estaban deshinchadas. Resultaba evidente que el asesino había intentado prevenir cualquier posible persecución y se había curado en salud.

Pero el hombre del pelo engominado pasaba ya por delante de él a toda velocidad. Entonces, Baxter vio que la ventanilla del lado derecho estaba abierta, a fin de permitir la salida de las balas de la pistola con silenciador. Llevando el volante con la izquierda, el asesino disparó tres veces con la derecha. Baxter, sin embargo, tuvo tiempo de echarse ai suelo. Detrás de él resonaron los secos chasquidos de los impactos contra la pared.

Phoenix chilló, aterrada. Pero el asesino doblaba ya la próxima esquina, con el coche casi sobre dos ruedas. Baxter se incorporó, maldiciendo amargamente de la magnífica ocasión que se le había presentado y que no había podido aprovechar.

En la taberna se había producido un fenomenal alboroto. Baxter volvió la cabeza. El gorila se había cansado de soportar burlas y estaba repartiendo mamporros a diestro y siniestro. El dueño, aterrado, estaba junto al teléfono, llamando frenéticamente a la policía.

Baxter se dio cuenta de que la acción del asesino había pasado inadvertida. Pero en cuanto llegase el primer coche de patrulla, podían verse en un compromiso.

—Vámonos de aquí, Phoenix —dijo, tirando de una de sus manos.

—Sí, sí… Te han disparado…

—La Banda del Trébol Rojo, nena.

—¡Dios mío! —se aterró ella—. Quieren matarte.

Minutos después se despedía de Phoenix. Ella insistió en hacerle subir a su casa, pero Baxter declinó cortésmente la invitación. El día había sido muy movido y sentía unos enormes deseos de meterse en la cama.

* * *

El teniente Jamison le llamó por teléfono a la mañana siguiente.

—Parece ser que tuvo problemas anoche, en el Red Castle —dijo.

Baxter, todavía en la cama, ahogó un bostezo.

—Está bien informado de mis andanzas, Keith.

—A usted no le conocían, pero sí a la prójima que le acompañaba. Ella nos dio su nombre. ¿Qué hacía en el Red Castle, Budd?

—¡Psé!, tomar una copa… Phoenix está muy apetitosa…

—Gorda como una vaca —bufó Jamison—. Y hemos encontrado su coche con las ruedas delanteras pinchadas.

—Sí, fue un mal sujeto que, además, me disparó tres tiros.

—¿Qué? —aulló el policía—. Budd, no bromee.

—¿Es que no han sabido ver los impactos en la pared?

—Pero nadie oyó disparos…

—¿Quién oyó el que mató a Grace Baxter?

Jamison maldijo a media voz.

—Eso sí es verdad —reconoció.

—Pero el tipo que asesinó a la señora Baxter estaba allí, y me espiaba a mí, y yo le vi y recordé la descripción que había dado el testigo y eché a correr tras él. No obstante, me había ganado la suficiente delantera para llegar a su coche y arrancar. Y entonces, guiando sólo con la mano izquierda, tuvo la derecha libre para hacer fuego contra mí —aclaró Baxter.

—De modo que el asesino le espiaba, pero ¿por qué? —exclamó Jamison, tremendamente intrigado.

—Mire, teniente, cuando me dispararon la primera vez, no lo hicieron sin antes conocer mis andanzas, lo que significa que me habían vigilado durante algún tiempo…

—Eso es cierto, pero el asesino se disculpó con una caja de cigarros habanos.

—Y luego se dio cuenta de que había cometido un error, porque, sólo por algunos minutos, no llegó el primer coche de patrulla avisado por usted, a tiempo de salvar a Grace Baxter, y advirtió que no debía haberlo hecho, porque entonces yo había podido notar la confusión del primer ataque, ¿comprende? Quizá anoche no quería hacerme nada, pero cuando se dio cuenta de que yo le había reconocido, comprendió la amenaza que podría representar para él y quiso matarme.

—Es decir, si anoche no le reconoce usted, él no le hubiera disparado.

—Eso es lo que creo, pero la declaración del testigo Johnson, de tan buena retentiva, sirvió para que yo viese que había un individuo que correspondía a las características del asesino de Grace. Él lo advirtió y salió disparado.

—Bueno —resopló Jamison—, entonces, va a ser cosa de hablar del Hombre del Trébol Rojo, en lugar de la Banda.

—Sobre esto no puedo afirmar nada todavía, no puedo decirle si se trata de una sola persona o de un grupo que se ha reunido para eliminar a otras personas. Pero, insisto, es preciso buscar el factor común existente entre las cuatro víctimas…

—Nuestras investigaciones han demostrado que no se conocían ni habían tenido relación jamás entre sí —dijo el policía.

—Pero, en general, eran gentes de buena posición económica.

—De muy buena posición económica, Budd.

—¿Profesiones comunes o, al menos, parecidas?

—Dos con grandes fortunas que les permitían vivir sin trabajar. La señora Baxter vivía de un fondo que recibió en herencia hace seis años y que le proporcionaba ciento cincuenta mil dólares anuales, limpios de impuestos. Y el cuarto poseía una próspera empresa de transportes. Podía haber pagado, caso de chantaje y sin mayor dificultad, hasta un millón de dólares.

—¿Ha revisado las cuentas bancarias de las víctimas?

—¡Claro! Están en ello, pero hasta ahora no han encontrado nada irregular, ni extracciones de fondos sospechosos. Nada, Budd, cada paso que damos es como meter un cesto de mimbre dentro del agua: siempre sale vacío.

—Algo habrá por alguna parte —dijo Baxter, sentenciosamente—. ¡Adiós, Keith!

Dejó el teléfono y se reclinó en la butaca, dándose tirones al labio inferior. ¿Estaría el asesino aguardando abajo a que saliera de casa para seguir sus pasos?

De repente, llamó a su criado:

—¡Tim!

Koye compareció a los pocos segundos.

—¿Señor?

—Tim, por alguna parte, supongo, debe de estar el disfraz que usé el año pasado para acudir a la fiesta benéfica de la señora Stuyvelyck.

—¿El de hombre de las cavernas, con greñas, barba, pieles y un gran garrote?

Baxter sonrió.

—Peinaremos las greñas y recortaremos la barba, aclarándole un poco el color negro —dijo.

* * *

Baxter no cometió el error de ponerse unas grandes gafas negras, aunque sí se proveyó de un bastón, en el que fingía apoyarse debido a una leve cojera. La peluca del troglodita, convenientemente arreglada, parecía ahora una cabellera a la moda, un poco larga, y la barba, castaña, le daba el aspecto de un hombre algo bohemio y poco preocupado de su aspecto personal, a lo que contribuía un sencillo atuendo: cazadora de loneta clara, pulió ver oscuro, de cuello alto, y téjanos con gran doble en los bajos. Al salir del edificio miró discretamente a ambos lados, sin encontrar ninguna persona parada en las inmediaciones y con aire de estar vigilándole.

Caminó una veintena de metros, cojeando, y alzó el bastón para detener un taxi que circulaba cerca de la acera. Una vez dentro del

vehículo, le dio la dirección de Afrodita Jones.

Al cabo de unos minutos se volvió. Detrás del taxi circulaba un «Chevrolet» azul, del año 74, pero un par de callea más adelante se desvió por otra lateral. Con discreción, Baxter siguió mirando por el cristal posterior, hasta convencerse de que no era seguido.

Un cuarto de hora más tarde, Baxter entraba en un edificio de apartamentos de elegante apariencia. En el indicador del vestíbulo encontró el nombre que buscaba: «A. Jones.» No había otro, de modo que tenía que tratarse, a la fuerza, de la joven que había prosperado después de posar para Life & Sex.

Momentos después llamaba a la puerta. Alguien le miró por el orificio de observación y luego abrió un poco la puerta, aunque sin soltar la cadena.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó Afrodita; Jones.

—Me llamo como usted, aunque el nombre es Mike. Soy director de películas… fuertes, señorita Jones. Quizá le interese escucharme.

—Ahora tengo un buen contrato…

—Lo sé, pero podemos iniciar las conversaciones para el futuro. No voy a torpedear la labor de un colega, aunque sí deseo contar con su colaboración para más adelante.

Afrodita quitó la cadena y se echó a un lado. Era una joven de cuerpo sensual y grandes ojos negros, con labios provocativos y el rostro muy cargado de maquillaje.

—De modo que Mike Jones, director de películas fuertes… —dijo —. Oiga, ¿quiere que le diga una cosa? Su departamento de caracterización es una absoluta porquería.

Baxter respingó.

—¡Señorita!

Ella se fue hacia una mesa, abrió una caja, llevó un cigarrillo a los labios y sacudió el encendedor con gesto irritante.

—¿Qué pasa? ¿Pretende que la barba postiza le hará parecer más artista, a los de sus actores? —preguntó, después de lanzar una bocanada de humo.

CAPÍTULO V

«POR lo visto no lo he hecho tan bien como creía», pensó Baxter, mientras se acariciaba la barba.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Hombre, salta a la vista. Tengo alguna experiencia en caracterizaciones, ¿no cree? ¿De veras es director de cine?

Baxter emitió una sonrisita de circunstancias.

—Bueno, la verdad es que… no quería que me vieran entrar en su casa —dijo, muy frustrado por la facilidad con que Afrodita había sabido descubrir el truco.

—¡Ah, es usted policía! Pensé que en el departamento de disfraces sabrían hacerlo mejor.

—No soy policía, señorita Jones. Lo único que deseo saber es qué hizo usted con los recortes que recibía de la agencia Digest Press, de la cual era cliente.

—¡Ah, la agencia de recortes de Prensa…! Cancelé la suscripción hace algunos meses. Ya no la necesito.

—Pero guarda los recortes que se le enviaban.

—Claro, aunque no los enseño a nadie. Usted comprenderá…

—Sí —dijo Baxter—. Por favor, ¿quiere enseñármelos?

Afrodita se alejó con gran contoneo de caderas. A los pocos momentos, trajo un gran cuaderno, con tapas negras, que puso en las manos del visitante.

—Ahí tiene —dijo. Y, suspirando, añadió—: En este mundo, para triunfar, hay que hacer verdaderas cochinadas.

Baxter hojeó rápidamente el álbum, en donde aparecía siempre Afrodita en diversas posturas, pero todas ellas sin un gramo de ropa encima y, en ocasiones, bien acompañada. El único detalle positivo que observó fue que en ninguna de las páginas aparecía la cabecera de la revista, sino el título y la fecha, escrito a mano por la propietaria del álbum.

—Señorita Jones, ¿ha comprado últimamente la revista? —preguntó al terminar.

—No, rotundamente no.

Baxter asintió. Afrodita decía la verdad. Por este camino, se dijo, no conseguiría nada. La agencia podía tener muy pocos clientes de Life & Sex, pero sí habría innumerables compradores, cualquiera de los cuales podía haber recortado la mayúscula L, que había despertado sus sospechas.

Ocultó la decepción que sufría, con una valerosa sonrisa y se despidió de la artista.

—Le agradezco mucho su colaboración, señorita Jones —se despidió.

—Me gustaría ver su cara —dijo ella.

—Volveré otro rato, cuando no tenga trabajo, para que me quite usted misma este infame disfraz —propuso él, audazmente.

Afrodita entornó los párpados, densamente cargados de rimmel.

—Le dejaría la barba, que nadie notaría que es artificial —aseguró.

—Esta procede de un baile de disfraces, donde no importa mucho la autenticidad. Aunque… dígame, a diez o doce pasos de distancia, ¿se notaría que es una barba postiza?

—Por supuesto que no.

—Gracias de nuevo. ¡Adiós!

Al menos, se dijo para consolarse, si el Hombre del Trébol Rojo le había estado espiando, no habría podido advertir la artificialidad de su nueva apariencia.

Una vez en la calle, buscó una cabina telefónica y llamó a Phoenix.

—¿Has recordado algo sobre la Banda del Trébol Rojo? —preguntó.

—¡No, diablos…! Y, créeme —contestó Phoenix—, me he pasado buena parte de la noche desvelada, tratando de recordar dónde había oído ese maldito nombre. Pero no lo he conseguido…

—Está bien, no dejes de avisarme apenas te vuelva la memoria. ¿Te encuentras mejor?

—Bueno, se me va pasando el susto… Mejoraría mucho con tu compañía, Budd —solicitó ella, ansiosamente.

—Ya nos veremos —se despidió él.

* * *

Lo primero que hizo al llegar a casa, fue quitarse el disfraz, maldiciendo entre dientes por la futilidad de sus pesquisas. Koye le sirvió una taza de café, en el momento en que sonaba el teléfono.

—Déjalo, yo atenderé la llamada.

Levantó el aparato y dio su nombre.

—¿Cómo está, señor Baxter? ¿Se ha quitado ya la barba y la peluca postizas? —preguntó alguien, burlonamente.

—¿Quién es usted? —exclamó el joven.

—¿Le gustaron los cigarros que le envié como reparación por el error cometido?

Baxter guardó silencio unos instantes. El hombre que le hablaba era uno de los miembros de la siniestra banda, a no ser que debieran considerarse los cuatro asesinatos como obra de una sola mano.

—¿No me contesta, señor Baxter? —insistió el sujeto.

—Espere un momento… Me siento paralizado por la sorpresa… —Baxter agitó la mano, para llamar a Koye y, sentándose junto a la mesita, escribió rápidamente unas líneas—. Su…supongo… —dijo, procurando dar gran lentitud a sus palabras—, que… debo conocerlo por Trébol Rojo, ya que es lógico no me va a dar su nombre.

—Por supuesto, señor Baxter. Trébol Rojo está bien.

Baxter observó que Koye había corrido al cuarto de comunicaciones, a fin de llamar al teniente Jamison por otra línea telefónica. Rogó porque Trébol Rojo continuase mostrándose parlanchín.

—Pues… muchas gracias por dejarme llamarle de ese modo. Pero anoche intentó usted fastidiarme a modo, amigo.

—¡Oh, sólo fue un aviso! Si hubiera querido matarle, no estaríamos hablando ahora.

—Tiene buena puntería, ¿eh?

—Infalible —se pavoneó el asesino—. Bien, lo único que quiero decirle es…

—¡No se entiende! —dijo Baxter, a voz en cuello—. Hable más alto o no oiré lo que tiene que decirme.

—¡Pero si el teléfono funciona maravillosamente!

—Será el suyo, Trébol Rojo.

—Baxter, no se pase de listo. Sé lo que pretende, de modo que escuche con atención: ya no habrá más asesinatos con la firma del Trébol Rojo.

—¡Mentira! ¿Quién va a ser su próxima víctima? Baxter oyó una ruidosa carcajada.

—Es usted deliciosamente ingenuo, amigo mío. Pero, por otra parte, tiene un gusto pésimo. ¿Quién era la gorda con la que estaba, anoche, en el Red Castle?

—¡Ah!, una prójima que quería conquistarme. Lo que i sucede es que acepté su compañía un rato, para esperar sin aburrirme a una persona con la que tenía que verme, eso es todo.

—¡Qué mal miente usted! Bien, amigo Baxter, aquí acaba la historia del Trébol Rojo…

—¡Aguarde! —pidió él, desesperadamente—. Todavía tiene que decirme algo.

—Sea breve, no le concedo ya más de diez segundos. —No le voy a pedir el nombre, porque no me lo dirá, pero… ¿por qué ha matado a esas cuatro personas?

Baxter oyó un click como respuesta y contempló el teléfono casi con rabia. ¿Habría llegado Jamison a tiempo para localizar el otro teléfono?

Al menos, se dijo, había podido recoger la mayor | parte de la conversación, ya que había puesto en funcionamiento la grabadora del teléfono, al darse cuenta de la identidad de su comunicante. Podría estudiar la conversación más tarde, y obtener quizá algunas consecuencias…

Koye le sirvió otra taza de café, la anterior se había enfriado, y él sorbió lentamente la infusión. Al cabo i de unos minutos, sonó el teléfono.

Baxter lo levantó inmediatamente.

—Hemos llegado tarde —declaró Jamison.

—Lo siento. Hice todo lo que pude por entretenerle, pero, por si le interesa, tengo grabada la conversación.

—Magnífico. Enviaré a un hombre a recoger la cinta. Pero, entretanto, ¿puede anticiparme algo de lo que le ha dicho?

—Es bien sencillo. Trébol Rojo, parece como si admitiese que se trata de una sola persona; asegura que ya ha terminado su tarea.

—¿Quiere eso decir que no va a matar a más gente?

—Eso es lo que me ha dicho, Keith.

—Si así fuera, podríamos respirar tranquilos, pero mucho me temo que no sea más que un ardid, para poder moverse impunemente.

—Eso mismo opino yo —dijo Baxter.

—Está bien. Ahora corresponderé al favor con otro. Aunque el coche de patrulla más cercano, llegó ya tarde a la cabina telefónica señalada por nuestro servicio de localización, los agentes, en cambio, consiguieron encontrar a un testigo que vio a Trébol Rojo.

—Pero eso es estupendo, Keith. ¿Qué aspecto tenía el sujeto?

—Mediana estatura, grueso, barba entrecana y pelo casi blanco… Vestía pobremente, pero al testigo le chocó que fuese en un «Cadillac» último modelo, estacionado a menos de cien pasos de la cabina. Por eso se fijó especialmente en el tipo.

—Y luego se cambiaría en algún lugar donde no le viesen… —dijo Baxter, tristemente—. Nos ha tomado el pelo, Keith.

—Budd, deje que le diga una cosa: en esta clase de juegos, el asesino ríe mucho, pero nunca ríe el último, ¿comprende?

—Sí, le comprendo perfectamente.

Baxter colgó el teléfono y empezó a pasearse por la sala, mientras pensaba en Phoenix. ¿Por qué no recordaba dónde diablos había oído el nombre de la Banda del Trébol Rojo? ¿No habría algún medio para hacerle volver la memoria?

Media hora más tarde, llamaron a la puerta. Baxter abrió y se encontró con un policía uniformado.

—Viene a recoger una cinta grabada —dijo.

—Sí, señor. Si tiene la bondad…

Baxter puso el cartucho de cinta en la mano del policía.

—Aquí está, oficial. Salude en mi nombre al teniente Jamison.

—Sí, señor.

El policía se llevó la mano a la gorra y se marchó. Baxter cerró la puerta. Casi de repente, se le había ocurrido una idea…

Podía dar resultado. Tenía un buen amigo, reputado psiquiatra, que había obtenido curaciones casi milagrosas por medio del hipnotismo.

—¿Y, qué mejor que el hipnotismo para sondear la mente de Phoenix?

—Con tal de que ella acceda… —murmuró.

El doctor Langfries accedió a la petición de su amigo.

—Si ella quiere, no hay inconveniente, Budd —dijo.

—¿A qué hora te la llevo, John?

—Las cuatro de la tarde. Tengo una hora libre.

—De acuerdo.

El timbre de la puerta sonó de nuevo. Koye cruzó la sala, escrutó a través de la mirilla y abrió.

—¡Hola! —sonrió al policía que aparecía bajo el dintel.

—Buenos días, señor. Aquí vive el señor Baxter, tengo entendido —manifestó el agente.

Baxter se volvió.

—Soy yo —dijo—. ¿En qué puedo servirle, agente?

—Me ha enviado el teniente Jamison, señor. Debo recoger una cinta grabada…

Baxter abrió primero la boca. Luego explotó:

—¡Maldición! ¡Me he dejado engañar como un chino!

Koye soltó una risita.

—Como yo soy japonés…

El policía se sentía estupefacto.

—>No le entiendo, señor —dijo.

Baxter señaló el teléfono.

—Pase y llame usted mismo al teniente Jamison. Yo no me atrevo… y lo que tiene que decirle de mí, agente, es que soy un idiota

esférico, es decir, idiota desde cualquier punto que se me contemple.

CAPÍTULO VI

VESTIDA solamente con una bata que cubría mal su cuerpo opulento, Phoenix estaba preparándose un ligero almuerzo de mediodía, cuando, de repente, algo chispeó en su memoria.

—¡Cuernos! —exclamó—. ¿Cómo diablos no he podido acordarme antes? Se necesita ser estulta…

Había recordado el lugar donde había oído el nombre de la Banda del Trébol Rojo, pero se olvidó instantáneamente del almuerzo. Apagó el gas y corrió hacia su dormitorio.

No se fiaba demasiado de su teléfono. Había un par de inquilinos en el edificio que resultaban antipáticos. A uno de ellos le había sorprendido una vez, instalando un micrófono en su departamento, para escuchar lo que hablaba con otras personas o con ocasionales visitantes. Era un repugnante mirón, capaz de las mayores abyecciones.

Al otro le había sorprendido en más de una ocasión contemplándola mientras se cambiaba de ropa en el dormitorio, situado el tipo en la plataforma exterior de la escalera de incendios. Realmente, no le importaba demasiado que escucharan lo que decía, aunque sí le fastidiaba enormemente, pero en esta ocasión era distinto.

Debía hablar personalmente con Baxter, se dijo, mientras daba los últimos toques a unos labios limpios. Al terminar, agarró el bolso y salió con vivo taconeo del dormitorio.

Entonces, oyó un ruidito en la cerradura de la puerta del apartamento.

Morbosamente fascinada, contempló el movimiento del picaporte. Alguien quería entrar subrepticiamente… y ya no tenía tiempo de atravesar la sala para poner la cadena, olvidada de poner después de que le subieran algunas provisiones encomendadas a su tienda de alimentación.

Sólo tenía un medio de escapar: la escalera de incendios. Giró sobre sus talones y corrió hacia el dormitorio. A manotazos, apartó las

cortinas y levantó el bastidor. Pero llevaba una falda muy ceñida y ello dificultaba el movimiento de sus piernas. Aún tenía medio cuerpo dentro de la casa cuando le alcanzó la bala mortífera en el centro de la espalda.

El impacto la arrojó hacia adelante y cayó sobre la plataforma metálica. El bolso se desprendió de sus dedos y revoloteó hacia el callejón posterior.

Luego, su mano derecha osciló unas cuantas veces, hasta adquirir la total inmovilidad de la muerte.

* * *

La puerta estaba entreabierta. Baxter frunció el ceño.

Empujó un poco y pronunció el nombre de la joven:

—¡Phoenix!

El silencio era absoluto. Baxter se arriesgó a entrar. Quizá Phoenix estaba en el baño.

Pero no se oía ruido de agua. Parecía como si Phoenix hubiese tenido que salir precipitadamente.

¿Se había visto obligada a huir? ¿De quién?

Caminando con lentitud, llegó al dormitorio. Entonces fue cuando vio a Phoenix atravesada sobre la ventana, con más de medio cuerpo fuera y las piernas colgando laciamente en el vacío.

Baxter sintió algo así como un tremendo puñetazo en el pecho. Corrió hacia la ventana y casi en el acto, divisó el rojizo agujero que la bala había causado en la espalda de Phoenix. Esta vez, el asesino había colocado el trébol rojo un poco por encima del impacto.

Inspiró profundamente. Tocó una de las piernas de Phoenix. Aunque llevaba puestas unas medias, podía notar la ligera tibieza de la carne, precursora del frío definitivo. Ya no se podía hacer nada por Phoenix.

Buscó el teléfono. Jamison lanzó un tremendo taco, al conocer la noticia.

—No se mueva de ahí —dijo—. Yo iré enseguida, aunque la patrulla más próxima estará en esa casa antes de dos minutos.

—De acuerdo.

Cuando llegó Jamison, vio a Baxter profundamente desmoralizado.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—Vaya una tontería… Me he creído demasiado listo y un tipo con una astucia infernal me ha hecho ver que soy un zoquete. La cinta grabada primero y ahora i esto…

La mano de Baxter señaló hacia la ventana, junto a la cual se

hallaba el forense. Otros dos policías se movían por el departamento, buscando huellas del asesino.

—Pero ¿a qué vino aquí? —quiso saber Jamison.

—Phoenix sabía algo de la Banda del Trébol Rojo, I pero no conseguía recordarlo. Yo pensé que quizá un psiquiatra, experto en hipnotismo, podía encontrar ese recuerdo perdido en algún rincón de su memoria.

—Pudo haberla avisado por teléfono, ¿no?

—Pensé que ella podía resistirse y que sería más persuasivo si la hablaba personalmente. Pero el asesino | también pensó que Phoenix podía resultar un estorbo y se me anticipó.

Jamison asintió tristemente. Baxter alzó un poco la mano.

—Voy a decirle algo, y usted puede hacerlo mejor que nadie —exclamó—. Phoenix debía contar unos treinta y cuatro años. Esa edad y la profesión tuvieron que hacerle ver muchas cosas en esta vida. Investigue su pasado hasta el día en que se puso los primeros tacones altos.

—No es mala idea —convino el policía.

* * *

Dos días más tarde, Baxter recibió una llamada telefónica.

—¿Le interesaría una buena información sobre la Banda del Trébol Rojo, amigo?

—No sé de qué me habla —respondió Baxter, temeroso de una encerrona.

El desconocido se echó a reír.

—Usted sospecha que yo quiero sacarle alguna cantidad de dinero y la verdad es que unos cientos de dólares no me vendrían mal; pero prefiero continuar en el anonimato, si no le importa.

—No es que no me importe, es que si usted no me declara su identidad, no podré forzarle a que lo haga.

—Eso sí es muy cierto. Oiga, ¿conoce usted a Henry Armstrong?

—¿Quién es ese individuo?

—Es director y propietario de una revista titulada Life & Sex. Vaya, vaya a verle… Puede estar seguro de obtener informaciones muy sabrosas.

—¿Es que él está relacionado…?

—Ahora, no lo sé; hace años, bastantes, sí tuvo relación con esa banda. Pero, repito, sabe muchas cosas interesantes. Ahora todo depende de la habilidad del interrogador…

—Sí, muchas gracias. Oiga, amigo, déjeme hacerle una pregunta.

—Por supuesto —accedió el desconocido.

—¿Qué motivos tiene para darme esta información?

—Leí la noticia del atentado fallido, contra usted. Pero he tenido que esconderme durante unos días… y esto durará bastante. Hay un teniente de policía que está deseando ponerme la mano encima, ¿sabe? 'Mi opinión, es diametralmente opuesta… al menos hasta que aparezca el testigo que pueda probar mi coartada. Es un asunto que no tiene nada que ver con tréboles rojos, ¿comprende? Pero si ese tipo no sale, yo podría pasarlo muy mal…

—De todas formas, dígame su nombre. Le prometo ser discreto, amigo.

—Algún día nos veremos, por ejemplo, en el Red Castle. ¡Adiós!

Baxter colgó el teléfono, un tanto desconcertado por la llamada del desconocido. ¿Había pretendido burlarse de él? ¿Tenía alguna cuenta pendiente con el director de Life & Sex?

Podía disipar sus dudas, visitando a Armstrong. Era lo único que cabía hacer.

Cuando se disponía a salir, volvió a sonar el teléfono. Baxter se sintió tentado de no atender la llamada y dejar que Koye le disculpase, pero volvió sobre sus pasos y cogió el teléfono que su criado había separado ya del soporte.

—¿Cómo está, señor Baxter? ¿Ha tenido más problemas con esos asesinos?

El joven reconoció la voz, de inmediato.

—¡Señora Kalder! —exclamó.

—Tiene usted buena memoria auditiva —dijo ella.

—Señora, su voz es inconfundible. El que oye una vez el canto del ruiseñor, ya no lo olvida nunca.

—Señor Baxter, no diga cosas así. Ese estilo está pasado de moda —rió Spring._

—Yo creo todo lo contrario, señora. No se ha inventado nada más bonito para definir una voz como la suya.

—Le advierto que no me van a contratar para el Metropolitan. Puede que mi voz sea agradable, pero mi sentido de lo musical es desastroso.

—¡Imposible! Una mujer tan hermosa como usted, con una voz de ángel, debe cantar como los ángeles.

—Le agradezco los elogios, pero sepa que le he dicho la verdad. Y, en cambio, aún no me ha dicho usted nada sobre sus problemas.

—¡Oh, ya no tengo problemas! No han vuelto a atacarme. Se confundieron. Había una tal G. W. Baxter, con idénticas iniciales a las mías. El asesino lo advirtió y corrigió su error.

ˆCometió otro asesinato.

—Exactamente. Lamento la muerte de una persona que se llamaba como yo, pero… el instinto de supervivencia es muy fuerte y no deja lugar para lamentaciones.

—Eso sí es verdad. Bien, señor Baxter, celebro las buenas noticias…

—¡Un momento, señora Kalder, por favor! Dígame, se lo ruego, ¿sigue usted con un calendario tan apretado?

Baxter observó que Spring parecía vacilar un poco.

—Bien, si tanto interés tiene… —dijo ella, al cabo.

—¿Qué hombre no sentiría un vivísimo interés por ocupar unos minutos, al menos, de su calendario?

—Sabe usted decir muy bien las cosas, señor Baxter. Permito que venga a tomar una copa en mi casa, mañana, a las cinco de la tarde.

—Gracias, señora Kalder.

Baxter se frotó las manos después de concluida la conversación. Koye le miró maliciosamente.

—Debe de ser guapa —dijo.

—Algo más que eso: infinitamente hermosa, Tim —contestó Baxter, verdaderamente entusiasmado ante la idea de pasar un rato junto a la señora Kalder.

* * *

Ciertamente, las oficinas de Life & Sex no se hallaban instaladas en el apartamento de lujo de un rascacielos comercial. En realidad, se trataba de un viejo almacén, de planta y piso, construido en ladrillo, ya casi negro por el paso de los años, y con el tejado de chapa, aliviado por algunas claraboyas. Las ventanas de la planta baja le permitieron ver un par de máquinas de imprenta, en donde trabajaban desganadamente tres o cuatro operarios. No, no era aquella revista un emporio de actividad, precisamente.

A la puerta señalada con el rótulo de DIRECCION se llegaba por una escalera metálica, en voladizo, apoyada en la pared. Baxter se detuvo ante la puerta, dudó un momento y, al fin, se decidió a abrir sin llamar.

Desde la entrada divisó el mugriento despacho, en el que trabajaban dos personas. El hombre estaba en mangas de chaleco, con un puro apagado entre los dientes y el sombrero, que no se debía quitar ni para dormir, colgado de la coronilla alargada como un melón. En un rincón había una mujer de media edad, que tecleaba algo en una máquina de escribir. Baxter se preguntó cómo era posible que una mujer con aquel aspecto de solterona hastiada de todo fuese capaz de trabajar en una revista de semejantes características.

El hombre le miró con aire poco amable.

—Si viene a pedir empleo, pierde el tiempo, amigo —dijo, con voz chirriante—. Ya tengo modelos masculinos de sobra.

—Es una lástima —sonrió Baxter—. Me hubiera gustado verme en fotografías, con todas las vergüenzas al aire… como se decía antiguamente, aunque la verdad es que no he venido a pedirle trabajo, señor Armstrong.

—Bien, entonces… ¿qué diablos quiere?

El visitante avanzó hacia la mesa, sobre la cual vio una gran cantidad de fotografías eróticas, algunas de ellas de una increíble obscenidad, así como numerosos escritos, seguramente guiones o borradores de las escenas que debían de tomarse en los estudios fotográficos.

Pero Baxter pasó por alto aquel detalle y lanzó algo sobre la mesa de Armstrong: el pequeño trébol rojo que había recibido en el mensaje de disculpa.

La amarillenta cara de Armstrong se volvió gris en el acto. Sus manos temblaron repentinamente.

Baxter le observaba con todo interés. Al fin, Armstrong hizo un esfuerzo.

—Señorita Haller, deje su trabajo —indicó—. Ya no la necesitaré hasta mañana.

La mecanógrafa no se hizo repetir la orden. Segundos después, salía del despacho, con el bolso y un abrigo de entretiempo en las manos. Baxter y Armstrong se quedaron solos.

—Usted es Baxter —dijo Armstrong.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió el visitante.

—Alguien me anunció su visita. Se llama Rory Slayer y quiere que presente una coartada en su favor. No puedo hacer algo que no es cierto. Si Slayer tiene el gatillo fácil, que se fastidie.

—Slayer, seguramente, fue modelo de su revista.

—Uno de los mejores, aunque con demasiadas pretensiones. Y muy aficionado a otras cosas también, porque nunca tuvo suficiente con el dinero que ganaba conmigo. Cuando no tenía trabajo en la revista, se lo buscaba asaltando tiendas, taxistas, parejas de novios que buscaban la oscuridad, viandantes descuidados… cualquier cosa, en fin, que pudiera proporcionarle cien dólares. ¿Por qué voy a decir que no le pegó un tiro a aquel fulano, si es cierto? Lo que sucede es que tiene miedo de que le echen el guante, porque, entonces, todos los delitos que ha cometido saldrán a la superficie como las cerezas de un cesto. No está fichado hasta ahora y ésa es su ventaja, que no quiere perder, ¿comprende?

—Entonces, me dio la información para vengarse.

—Y con la intención de presionarme, pero yo no pienso ceder, ¿comprende?

Baxter asintió.

—Sí, perfectamente —contesté—, Pero Slayer me dijo que usted podía darme detalles de la Banda del Trébol Rojo. No me mintió, supongo.

—No, no le mintió —dijo Armstrong.

CAPÍTULO VII

EN la pausa de silencio que siguió, Armstrong encendió un nuevo cigarro. Después de asegurarse que no se apagaría, continuó:

—La banda actuó en Kansas City hasta hace unos diez años, y tenía el monopolio de la prostitución. Créame, Baxter, empleaban hasta niñas de catorce y quince años. Algo verdaderamente repugnante… aunque usted dirá que lo que yo hago también lo es. No, no quiero disimular que edito una revista asquerosa, pero, incluso entre las gentes de mi clase hay un mínimo de dignidad. Por lo menos, algunos. 'Se sorprendería usted de la cantidad de mujeres que vienen con sus hijas de doce, trece y catorce años, para que las haga figurar en la revista. Sin embargo, nunca he admitido tratos con mujeres que no tuvieran la mayoría de edad plena.

—Al menos, es un dato a su favor —convino Baxter, a la vez que se disponía a encender un cigarro.

—Mire, hay muchos motivos por los que una mujer se corrompe… pero, si le gusta, que lo haga conscientemente y no obligada por otras personas. Que es lo que sucedía en Kansas City con los miembros de la banda.

—Usted debía de conocerlos, sin duda.

—Cuatro han muerto ya. El quinto vive todavía.

Baxter enarcó las cejas.

—Eran cinco —dijo.

—Sí. Todos personas distinguidas y respetables. Tuvieron que emigrar de Kansas City cuando se descubrió el pastel. Hubo un escándalo terrible; familias muy respetables se vieron afectadas en su buen nombre… pero, ai cabo, tuvieron que echarle tierra al asunto, en el que había un par de asesinatos, ya que muchos de los afectados lo eran en sus hijas menores de edad. Pero eso no era todo.

—¿Qué, señor Armstrong?

—Lo que hizo estallar la bomba fue la brutalidad que cometieron con algunas chiquillas que, habiendo abierto sus ojos a la realidad, trataban de zafarse de aquel repugnante comercio. Esas chicas fueron

marcadas con un hierro al rojo vivo… la insignia del club, aparentemente honesto, pero que, en realidad, servía para encubrir las actividades de la banda.

—El Club del Trébol Rojo.

—Sí, exactamente. Y ahora, al cabo de los años, alguien ha querido tomar venganza de lo que sucedió entonces.

—¿Conoce nombres?

Armstrong hizo un gesto ambiguo.

—Algunos, aunque los que conozco, ya no tienen relación con aquel repugnante asunto.

—Al menos, podrá decirme los de las chicas marcadas con el hierro al rojo.

—Ahora son damas respetables. El asunto se ha olvidado. ¿Va a hacerles pasar por una nueva vergüenza?

—Los asesinatos cometidos por la banda han armado ya mucho ruido —alegó Baxter.

Armstrong se inclinó hacia adelante, tomó un lápiz y escribió durante unos momentos en una cuartilla de papel, que entregó a su visitante.

—¡El último nombre es el del miembro superviviente de la banda —indicó.

—Iré a verle —dijo Baxter.

—Quizá no quiera recibirle. Yo hablé con él hace un par de días y me dijo que iba a estar escondido una temporada. Pero sus negocios actuales le atan mucho y no puede marcharse así como así.

—Señor Armstrong, no hay negocio mejor que el de conservar la vida —dijo Baxter, sentenciosamente—. De modo que usted opina se trata de una venganza.

—Indiscutiblemente.

Baxter se puso en pie.

—Ha sido una conversación muy interesante —sonrió—. Usted, supongo, debía de vivir hace diez años en Kansas City.

—Sí, era redactor del Citizen.

Armstrong no dijo más, pero saltaba a la vista que tal vez había estado complicado en aquel asunto o quizá había tratado de encubrir a alguno de los implicados. El Citizen, un periódico serio, no habría tolerado la inmoralidad de uno de sus redactores.

—Está bien —dijo—. He tenido mucho gusto, señor Armstrong, y le agradezco infinitamente sus declaraciones.

Momentos después, descendía los escalones y alcanzaba el callejón, encaminándose a la calle con aire pensativo. Sí, los asesinatos cometidos tenían todo el cariz de la venganza personal. El aterrado superviviente de la banda, sin duda, podría confirmar sus

suposiciones.

Dobló la esquina en busca de su coche. De pronto, se le ocurrió una idea.

Había algo que se le había pasado por alto. Seguramente, Armstrong debía de conservar algunas fotografías. Podía resultar interesante…

Giró sobre sus talones y aceleró el paso. Cuando llegaba nuevamente a la esquina, oyó el estampido de un disparo.

La detonación le sorprendió enormemente. Pero, prudente, aguardó en la esquina, desde la que podía dominar el callejón.

Un hombre bajaba precipitadamente por la escalera metálica. Todavía tenía en la mano el revólver homicida.

Baxter dejó que el asesino llegase a su altura. Entonces, le bastó alargar el pie derecho. El asesino, que corría frenéticamente, no pudo evitar aquel inesperado obstáculo y cayó al suelo cuan largo era. El revólver escapó de sus manos y resbaló unos metros, deteniéndose justo al borde del imbornal de una alcantarilla.

El asesino intentaba levantarse. Baxter lo redujo fácilmente con una llave que le permitió retorcerle el brazo a la espalda.

—Quieto, amigo —dijo.

Los impresores salían corriendo del taller. Uno de ellos subió al piso superior, se asomó un momento y salió de nuevo con una noticia:

—¡El señor Armstrong ha sido asesinado! ¡Le han puesto un trébol rojo en la cara!

—Llamen a la policía —ordenó Baxter. Luego miró a su prisionero —. ¿Quién es usted? —preguntó.

—¡Maldita sea…! —jadeó el asesino—. Creí que se habría marchado…

—Olvidé preguntarle algo a Armstrong. Usted, supongo, estaba escondido bajo la escalera.

El hombre asintió.

—El mayor error de mi vida fue llamarle a usted por teléfono —manifestó.

* * *

—Bien, la ciudad puede respirar tranquila —dijo Koye, a la mañana siguiente—. El Hombre del Trébol Rojo ha sido detenido y se ha cortado la cadena de crímenes.

Baxter no dijo nada. En aquel caso, había puntos que estimaba no estaban todavía lo bastante claros.

Porque, ¿cómo se comprendía que Rory Slayer, que sabía que no

podía conseguir nada de Armstrong, le disparase por venganza, cuando era un tipo que no hacía nada que no le reportase unos cuantos dólares?

¿Y el trébol rojo?

Cabía la posibilidad de que lo hubiese dejado para despistar a la policía. Y lo habría conseguido, de no haber sido por el inoportuno regreso de Baxter.

De repente, se dijo que resultaría muy conveniente hablar de nuevo con Afrodita Jones. Tal vez la artista había oído comentarios sobre el caso de la Banda del Trébol Rojo. Ella y Phoenix habían sido muy amigas…

El teléfono sonó y Baxter atendió la llamada. Era Jamison.

—Slayer no tenía nada que ver con la banda —dijo el policía.

—¿Cómo lo sabe?

—Elemental, querido Baxter —ironizó Jamison—. Primero, la bala, que no coincide con las halladas en los cuerpos de víctimas anteriores. Este, sin embargo, no es un dato demasiado concluyente; podría argüirse que el asesino cambió de arma, con vistas a evitar ulteriores investigaciones. Hay otro dato mucho más importante: el trébol rojo. Es ligeramente más pequeño de los otros y de un material distinto. Incluso el color es más oscuro, aunque muy poco, por supuesto.

—Pero, al menos, tienen entre rejas al asesino de Armstrong.

—Eso sí es cierto. ¡Ah!; gracias por los informes sobre la Banda del Trébol Rojo, Budd. Estamos esperando a que la policía de Kansas City nos envíe un dossier completo sobre el asunto.

—Le felicito, Keith.

—Gracias, Budd.

Momentos después, Baxter abandonaba su casa. El quinto superviviente de la Banda del Trébol Rojo se había negado obstinadamente a concederle una entrevista. Baxter se dijo que antes tenía algo más importante que hacer. En todo caso, si la estancia en casa de Spring Kalder no se prolongaba demasiado, iría a visitar al superviviente de la banda, tanto si le gustaba como si no.

Spring Kalder le recibió en un lujoso apartamento, decorado con exquisito gusto. A Baxter le pareció más hermosa que nunca, ataviada con un sencillo traje negro, con un escote muy moderado y la espalda, contra lo que había esperado en el primer momento, completamente cubierta.

—Estaremos solos —dijo Spring—. Mi doncella tiene su día libre, pero yo me siento capaz de atenderle con toda eficiencia, señor Baxter.

—No he venido aquí precisamente a llenar el estómago, señora —dijo el joven, a la vez que se inclinaba para besar galantemente la

mano de Spring—. Aparte de que no es la hora apropiada, claro.

—Pero, al menos, me aceptará una copa. ¿O prefiere otra cosa?

—No quisiera molestarla… Café, si no resulta demasiado fatigoso.

—Por favor…

Baxter se entretuvo contemplando algunos de los cuadros colgados en las paredes. Uno de ellos estaba firmado por un artista famoso. Spring lo encontró frente a la pintura, con las manos unidas a la espalda, al regresar con el servicio de café.

—¿Le gusta?

—Si la firma es auténtica, tiene usted un verdadero tesoro en casa, señora.

—La firma es auténtica —sonrió ella—. ¿Azúcar?

—Un terrón, por favor.

—Pero no piense que fui yo la compradora. Mi gusto por el arte no está demasiado cultivado, desdichadamente. Fue mi esposo quien adquirió los cuadros que ve aquí.

—¡Ah, su esposo!… Hombre afortunado —comentó Baxter jovialmente.

—No diga eso. Murió hace cuatro años.

—¡Oh! Lo siento…

Spring le miró fijamente.

—Yo fui muy afortunada mientras estuve a su lado. Era mayor que yo, más de treinta años, pero creo que no hubiera podido encontrar otro esposo mejor, aunque tuviese mi edad.

—La diferencia de edad no siempre es obstáculo para alcanzar la felicidad, señora.

—Fue la época más dichosa de mi vida, señor Baxter.

—Y por eso no ha querido volver a casarse.

—Estoy bien así. No tengo ninguna prisa en encadenarme de nuevo.

—En tal caso, la felicito sinceramente.

—También yo le felicito, señor Baxter. Escapó a la muerte por pura casualidad.

—Sí, tuve suerte.

—Pero el asesino se había equivocado de víctima, ¿no?

—Un error que quizá un día pueda ser su perdición, señora Kalder.

—¿Lo cree así?

—Son muy pocos los que escapan al largo brazo de la ley. Un asesinato tal vez pueda pasar desapercibido, pero cuando se han cometido ya cuatro…

—Seis, me parece —rectificó ella.

—Bueno, los realmente implicados en el asunto son los cuatro

primeros. Los otros dos eran personajes secundarios en el drama.

—¡Ah, muy interesante! —comentó Spring.

—Pero cuatro crímenes, cometidos con un sello que podría llamarse común, a la larga dejan un rastro que quizá sea difícil de encontrar, pero que una vez hallado conducirá a la solución del enigma.

Spring se echó hacia atrás en el diván y cruzó las piernas.

—¿Piensa usted hallar esa solución, señor Baxter?

—La policía trabaja ya en el caso —contestó él.

—Usted también está interesado…

—Sólo tangencialmente. No puedo olvidar que trataron de matarme.

—Afortunadamente está usted vivo… —sonrió ella—. Pero, dígame, señor Baxter, ¿qué es usted? ¿Un rico ocioso, que se dedica a la investigación criminal para combatir el hastío?

—En realidad poseo un negocio…, pero ahora marcha prácticamente solo y eso me deja mucho tiempo libre. Sin embargo, no me paso la vida metiendo la nariz aquí y allá por todos los rincones. Este es un caso que me intrigó, precisamente por haberme visto afectado, aunque fuese erróneamente… No, no soy un detective profesional, señora Kalder.

Spring sonrió.

—Me gustaría pedirle un favor, aunque no sé si usted querrá…

—Si está en mi mano, téngalo por hecho.

—Entonces, haga el favor de tenerme al corriente de sus investigaciones. Me siento terriblemente curiosa, señor Baxter. ¿Sabe?, una de las víctimas, Pendleton, tuvo negocios, en tiempos, con mi difunto esposo. Pero mi marido rompió con él cuando se enteró de que era un sujeto inmoral.

—Y quizá esas mismas inmoralidades le llevaron a la muerte.

—Seguramente.

Baxter miró a la hermosa mujer que tenía frente a sí. Era demasiado pronto, pensó, para intentar conquistarla.

—'Espero me permita verla con frecuencia, señora… —dijo, a la vez que se ponía en pie.

Spring le tendió la mano, a la vez que le dirigía una profunda mirada.

—Siempre que guste, amigo mío —contestó.

CAPÍTULO VIII

EL hombre entró en su gabinete privado y, tras quitarse la chaqueta, movió el brazo para arrojarla descuidadamente sobre una silla. Fue luego a la mesa de trabajo, abrió una caja y extrajo un habano.

Pero no llegó a encenderlo. Al girar un poco para buscar el mechero, divisó a un hombre sentado en el rincón menos iluminado de la estancia.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Quién le ha dado permiso para entrar en mi casa? —rugió.

—Le he llamado unas cuantas veces por teléfono, señor Darwin —contestó el intruso, apaciblemente—. Mi nombre es Baxter —añadió.

Malcolm R. Darwin apretó los labios. Era un hombre recio, fornido, bien conservado, a pesar de haber rebasado holgadamente el medio siglo.

—Salga de mi casa…

Baxter se sentó en un ángulo de la mesa.

—¿Por qué no hablamos del Club Trébol Rojo, de Kansas City?

Hubo un instante de silencio. Luego, Darwin se pasó una mano por la frente.

—Quisiera poder olvidar aquella época de mi vida…

—Ciertos recuerdos no se borran jamás de la memoria, señor Darwin. Sobre todo el que se refiere a unas marcas hechas con un hierro al rojo vivo.

—¡Yo no lo hice! —gritó Darwin, descompuestamente—. ¡Fueron ellos!

—Ahora están muertos y no pueden defenderse.

—Le juro que digo la verdad. Traté de impedirlo… pero Pendleton me amenazó con su propia pistola. Eran unos salvajes… y Grace más que todos ellos juntos.

—Sí, la hembra de la especie siempre es peor que el macho —admitió Baxter—. Pero aquel inmundo negocio les reportó muchísimo dinero.

—Lo perdimos todo tapando bocas…

—Vamos, vamos, señor Darwin, no me haga creer que salieron de Kansas City con las manos en los bolsillos. —Baxter hizo un ademán circular con la mano—. Esta casa no se consigue en diez años, creo yo.

—Bueno, gastamos mucho dinero, pero… algo quedó, naturalmente —admitió el hombre, de mala gana.

—Y luego, supongo, ya no se relacionaron.

—No. La sociedad quedó disuelta para siempre. Cada uno tomó su propio camino.

—Que acabó aquí, en Nueva York.

Darwin asintió pesadamente. Fue a una mesa con servicio de licores y se llenó una copa, que despachó de un trago. De pronto, se volvió hacia su visitante.

—¿Hemos sido nosotros los únicos en tener un negocio de prostitución? —exclamó.

—¡Oh, no!,1 en absoluto; ni serán los últimos. Pero sí fueron los primeros en marcar como reses a las chicas que no querían acceder a sus propósitos.

—Bueno, no se vaya a creer usted que empleamos un hierro de marcar ganado. En realidad, se trataba de un trozo de resistencia eléctrica, que Pendleton hizo en forma de trébol. Era un alambre puesto al rojo por la corriente, eso es todo.

—¿En qué lugar del cuerpo colocaron su marca?

—En el pecho izquierdo.

Baxter calló un momento. ¿Estaba así justificada la venganza del hombre que dejaba como sello de su acción un trébol rojo?

—Mire —añadió Darwin, después de unos instantes—, fue una salvajada, lo admito; pero considerándolo fríamente, y al margen de que yo me opuse y no me fue posible evitarlo, ha de tenerse en cuenta que la marca era muy débil. Era sólo un hilo caliente, nada más…

—Pero al cabo de los años, alguien ha querido tomarse la justicia por su mano… ¿Quién, señor Darwin?

El dueño de la casa se encogió de hombros.

—¡Qué sé yo! —contestó desanimadamente—. Alguna de las chicas, pero… esto ha tenido que ser obra de un hombre. Un padre resentido, ¿me comprende?

—Puede ser una posibilidad —admitió Baxter—. Dígame, ¿conoció usted a un redactor del Citizen llamado Armstrong?

—Era un vividor y un oportunista. Quiso meter las manos en nuestro negocio y no le dejamos. Él fue quien destapó el pastel.

—¿Callaron las chicas marcadas?

—¡Claro que callaron! Como la mayoría de las otras chicas… Pero Armstrong, despechado, dio el soplo…

—Sí, ya comprendo. Señor Darwin, muchas gracias; ha sido una

conversación sumamente constructiva. Usted ha confirmado lo que me dijo Armstrong acerca de lo que pensé casi en el primer momento: el factor común.

Baxter se dirigió a la ventana por la cual había entrado.

—Guárdese del asesino —aconsejó.

Darwin calló. Baxter se sumergió en la oscuridad.

Momentos después estaba en la calle. Darwin vivía en una zona residencial, donde abundaban los espacios vacíos y la tranquilidad era la norma imperante. Cuando ya llegaba a su coche, vio surgir dos sombras ante sus ojos.

—¡Hola, curioso! —dijo uno de los individuos.

* * *

El coche de Baxter había quedado en una zona en sombras, pese a lo cual la diferencia de estatura de los dos tipos le permitió identificarlos casi en el acto. Eran Lana Trowse y su acólito el gorila.

—Hace tiempo que no nos veíamos —sonrió Baxter.

—Precisamente estábamos esperando la ocasión —respondió Trowse.

—¿Resultó corta la conversación del otro día?

—La conversación con un buen amigo siempre resulta corta.

—Una maravillosa filosofía —convino Baxter—. ¿De qué hablamos, amigos?

El hércules sacó repentinamente una matraca de plomo forrada de cuero. En realidad casi era un bastón, ya que medía más de cincuenta centímetros.

—Cuando termine con usted, los médicos tendrán que volver a la Universidad, porque no sabrán cómo empalmarle los huesos rotos —dijo sarcásticamente.

Y se arrojó sobre Baxter con la porra en alto.

Entonces, la mano izquierda de Baxter se elevó y aferró la muñeca de su atacante. Al mismo tiempo disparaba la mano derecha, con los dedos de punta y completamente rígidos hacia el saliente estómago del hércules.

Se oyó un sordo bufido, pero el gigante no aflojó sus esfuerzos. Baxter se dio cuenta de que era más resistente de lo que había pensado, pero calculó que había otros medios para ablandar aquella resistencia.

Fingió ceder y se dejó caer hacia atrás, consiguiendo que el hércules voltease sobre su cabeza. Al soltarse, Baxter se elevó de un salto y giró en redondo.

El gorila se levantó también con gran rapidez, aunque no pudo evitar una terrible patada en la mandíbula. Aquel golpe, que habría derribado a un hombre menos fuerte que él, resultó insuficiente y sólo consiguió hacerle oscilar un poco, para rehacerse en el segundo siguiente.

La temible porra continuaba todavía en poder de su dueño, quien, una vez más, intentó colocar un golpe. Baxter repitió la acción anterior, añadiendo un golpe con el canto de la mano contra la base de las costillas del gigante.

Creyó oír un crujido de huesos y repitió el ataque. El gigante empezó a quejarse. Con la mano izquierda, Baxter dio varios tremendos tirones al brazo de su adversario. La articulación del hombro chasqueó levemente.

Baxter se dio cuenta de que estaba a punto de conseguir la victoria. Un golpe más y…

De pronto, sintió un vivísimo dolor en la nuca. El instinto, y el hábito creado por el constante entrenamiento, le hicieron disparar el pie derecho hacia atrás, alcanzando una cosa blanda. Trowse se desplomó a sus espaldas, con la mano en el bajo vientre, a la vez que gritaba y blasfemaba obscenamente.

Baxter supo que Trowse, aprovechando que estaba concentrado en la pelea con el gigante, le había atacado por detrás. Pero el golpe le había quitado todas las fuerzas, aunque no le hizo perder el conocimiento.

Apoyó una rodilla en el suelo, luchando desesperadamente contra la debilidad que le invadía. Situado sobre él, sonriendo malignamente, el gigante levantó la porra.

De súbito se oyó el chirrido de los frenos de un automóvil. Una voz inesperada estalló con acentos imperiosos:

—¡Dejen a ese hombre o haré fuego en el acto!

La voz atravesó las espesas brumas que envolvían el cerebro de Baxter, causándole una enorme sorpresa. La de Trowse y su matón no fueron menores.

Una mujer, pistola en mano, avanzó hacia los dos sujetos.

—¡Largo, granujas!

Trowse elevó una mano a la vez que jadeaba:

—Ayúdame, Charlie…

Despechado, el gigante tiró a un lado la porra. Cargó con el cuerpo de Trowse como si fuese un saco de patatas, y desapareció de la vista de la recién llegada en pocos segundos.

Entonces, Spring Kalder se inclinó sobre Baxter, que estaba ya sentado en el suelo, con la mano en el lugar donde había recibido el golpe.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó—. ¿Quiere que llame una ambulancia?

Baxter hizo un gesto negativo.

—Se me pasará pronto —contestó—. Pero ¿de dónde sale usted?

Spring se echó a reír.

—He cenado con una amiga en su casa —explicó—. Tengo una pistola que suelo llevar cuando salgo por las noches, sobre todo si he de regresar sola a casa.

—Y me ha reconocido…

—No, yo sólo vi a un hombre que se disponía a golpear a otro con un bastón. Le he reconocido después… y rae felicito de haber intervenido a tiempo. ¿Quiere que le ayude a levantarse?

—No, gracias… —Baxter hizo un esfuerzo y consiguió ponerse en pie—. Su llegada me recuerda las películas del Oeste, cuando la Caballería aparece en el último minuto.

—No tengo nada de amazona —contestó ella—, ¿Quiere que le diga una cosa? Tenía puesto el seguro de la pistola. Si ese tipo lo llega a saber…

Baxter se apoyó en su coche con ambas manos y respiró profundamente, varias veces seguidas.

—Me han sorprendido como a un chiquillo… —se quejó.

—Señor Baxter, usted no está en condiciones de manejar el coche. Déjelo aquí; yo le llevaré a su casa. Mañana puede enviar a alguien a recogerlo.

—Sí, será lo mejor —admitió él—. Créame, se lo agradezco infinito, señora Spring.

Baxter se dejó caer pesadamente en el asiento. Spring dio el contacto y el automóvil se despegó de la acera.

—Hay demasiados forajidos sueltos —comentó poco después—. ¿Le quitaron algo?

—No tuvieron tiempo, gracias a usted. Por otra parte, habrían conseguido un magro botín; el reloj, unas decenas de dólares…

—Para ciertas clases de tipos, es un tesoro. Pero dígame, ¿qué hacía por este barrio?

—Vine a visitar a un conocido.

—¡Oh!… ¿Algún avance en las investigaciones?

—No, nada todavía.

Baxter no sentía el menor deseo de confiar a la joven el tema tratado en la conversación con Darwin. Al menos por el momento.

—Bueno, de todos modos, si el asesino ha sido atrapado… Mató a un tal Armstrong…

—Dejó un trébol rojo para crear una pista falsa. La muerte de

Armstrong no tenía nada que ver con los otros crímenes. Se trataba de un ajuste de cuentas.

—Vaya, me sorprende usted. Los periódicos han dicho que se trata del Hombre del Trébol Rojo, puesto que ello ha permitido derribar la teoría de una banda de asesinos.

—Los periódicos han publicado la información facilitada por la policía, señora Spring.

—Creo que comprendo —murmuró ella—. Pero eso significa que la Banda puede continuar con su… programa de asesinatos.

—Es posible.

—¿Y no hay medio de proteger a las posibles víctimas?

—¿Acaso se sabe quiénes son? Si yo me sintiera amenazado por esa Banda, lo primero que haría sería pedir protección policial.

—Eso quizá les coloque en una situación embarazosa, dado que tendrían que explicar los motivos por los cuales pueden ser asesinados.

—Ciertamente, pero ¿no vale más conservar la vida, aunque sea a costa de algunos años de cárcel, suponiendo que hayan cometido algún delito no descubierto todavía, que acabar rápidamente en una tumba?

—Puede ser… Sí, siempre es una solución mejor —admitió Spring.

Poco más tarde ella detenía el coche frente a la puerta del edificio de Baxter. Al apearse, Baxter divisó una cosa blanca en el suelo del coche.

—Se le ha caído a usted —sonrió—. Antes no lo vi, aturdido…

El pañuelo exhalaba un tenue perfume.

—Seguramente no me di cuenta —sonrió Spring, a la vez que lo guardaba en el bolso—. Gracias, señor Baxter. Le llamaré mañana para interesarme por su salud.

—Le agradezco lo que ha hecho por mí, pero, por favor, llámeme Budd.

—Sí, Budd. Buenas noches.

—Buenas noches, Spring.

CAPÍTULO IX

ESTABA terminando de escribir una carta a mano cuando creyó percibir una presencia extraña en su gabinete. Darwin alzó la cabeza y se estremeció al ver a la bella mujer, vestida enteramente de negro, situada frente a su mesa.

—¿No me reconoce? —preguntó ella.

—Me… me parece una cara conocida…

La mujer sonrió desdeñosamente.

—Voy a enseñarle otra cosa que sí debe recordar todavía mejor —manifestó.

Con la mano izquierda se desabotonó la blusa que cubría su espléndido pecho, dejando al descubierto el seno izquierdo.

—¿Reconoce la marca?

—Yo…, yo me opuse… —Darwin estaba muy pálido y el sudor corría a chorros por sus sienes—. No quería que lo hicieran…

—¿Qué esfuerzos hizo para impedirlo? Tenía una pistola. ¿Se le ocurrió emplearla siquiera para intimidarles?

Darwin extendió sus manos.

—Por favor, tengo dinero… Le daré todo…

Ella volvió a cubrir el seno desnudo.

—No hay dinero para borrar esta marca —dijo.

Alzó la mano y disparó al centro de la frente.

Darwin saltó medio palmo y cayó de nuevo sobre el sillón, con la cabeza ladeada y la boca abierta grotescamente. El disparo no había hecho apenas ruido.

Entonces la asesina sacó un cuadrado de papel del bolsillo de sus pantalones, despegó el trébol rojo y lo adhirió a la frente del muerto. Apagó la luz y salió por la ventana, tan sigilosamente como había llegado.

* * *

—Ya tengo el dossier de la Banda del Trébol Rojo —anunció el teniente Jamison, a la mañana siguiente—. Hay cosas verdaderamente interesantes, otras menos, pero todas, en general, nauseabundas.

—Me lo imagino —contestó Baxter—. Dígame una cosa, Keith… ¿Qué papel pintaba Grace Baxter en la Banda del Trébol Rojo?

—Bueno, tenía diez años menos y una figura soberbia. En una banda de esas características, se necesita siempre una mujer para desempeñar determinadas tareas.

—Sí, y que, además, tenga la moral de un caimán hambriento.

—En todo caso, ella tenía hambre de dinero.

—No cabe duda, ganó mucho… pero ¿de qué le ha servido?

—Sí, lo único que ha conseguido son seis palmos de tierra. Por cierto, el informe de la policía de Kansas City incluye los cinco nombres de los miembros de la banda. Naturalmente, he ordenado que den protección al superviviente, Malcolm J. Darwin. Se lo digo, por si le interesa hacerle una visita.

—Hablé con él anoche, Keith.

—Vaya, no es amigo de perder el tiempo —observó Jamison, un tanto frustrado—. Y dígame, ¿fue interesante la conversación?

—En un principio había un club llamado Trébol Rojo.

—Sí, eso lo sé.

—Y a la chica que no quería seguir en el negocio le marcaban el seno izquierdo al fuego.

Jamison silbó.

—He visto cosas brutales en casi veinte años de policía, pero esto supera a todo, Budd —dijo—. Marcar a una mujer como si fuese una res… ¿Lo admitió Darwin?

—Dijo que se había opuesto, pero que los otros no aceptaron sus consejos.

—¡Claro, qué va a decir! —exclamó Jamison, sarcásticamente—. No queda ya nadie que pueda contradecirle… Pero eso significa que los crímenes han sido cometidos por alguna chica que quiere vengarse de los que lá marcaron con un hierro enrojecido.

—En cierto modo, no era un hierro corriente. Pero, sí, la teoría de que es obra de una mujer y que se trata de una venganza, resulta correcta.

Jamison suspiró.

—Tendremos tarea de firme —se quejó—. En el dossier se citan las mujeres por centenares o poco menos…

—Busque solamente las menores de edad, chicas comprendidas entre los catorce y los dieciséis años. No abundaban, pero las tenían en su «cuadra».

—Eso reduce el número de sospechosas. Gracias, Budd… Perdone

un momento, me llaman por otra línea…

Baxter esperó, con el teléfono pegado a la oreja. De pronto, oyó un juramento.

—¡Keith! ¿Qué sucede? —exclamó.

La voz de Jamison volvió a oírse.

—Darwin —dijo—. Los dos policías que envié para protegerle acaban de encontrárselo muerto, con un trébol rojo pegado en la frente.

* * *

Koye vio a su amo entregado a la, en apariencia, intrascendente tarea de hacer pajaritas de papel y, con toda discreción, le sirvió una taza de café. Luego se retiró a un par de pasos de distancia y aguardó en silencio.

Baxter elevó la cabeza y sonrió.

—Estás pensando en que te gustaría saber lo que pienso yo en estos momentos —dijo.

—E1 señor ha adivinado mis pensamientos, cosa que no puedo decir yo —respondió Koye con buen humor.

—Mis pensamientos son muy negros, Tim… Sobre todo porque la Banda del Trébol Rojo, estimo, ha terminado ya de actuar. No cometerán más crímenes, satisfecha su venganza, y nadie podrá encontrarles.

—El señor debiera hablar en femenino. Se sospecha que esos asesinatos han sido cometidos por mujeres que deseaban vengarse de una humillación sufrida diez años atrás. Pero, en mi opinión, han dejado pasar demasiado tiempo.

—¿Por qué? Si las chicas eran menores de edad, ahora deben contar entre veinticuatro y veintiséis años. Es una buena edad para madurar un plan de venganza sin fallos.

—Así parece, señor, pero… al cabo de diez años, ¿no habrá también otro motivo?

—¿Cuál, Tim?

—Dinero, señor.

—Por lo que yo sé, ninguna de las víctimas recibió una sola petición de dinero,

—Nadie puede afirmarlo y dispense el señor que le corrija. Esas peticiones pudieron ser formuladas por teléfono.

—Entonces, el asesinato ya no tendría razón de ser…

—En el presente caso, la venganza resultaría mucho más sabrosa.

Baxter asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Es posible que haya algo de verdad en lo que dices —contestó—. El paso del tiempo atempera los sentimientoˆ heridos y suaviza las aristas del daño. Lo que entonces pudo haber sido una venganza de tipo justiciero, aunque personal, ahora, al cabo de diez años, ha podido convertirse er\ una venganza que proporcione la satisfacción de ver castigado al ofensor por partida doble, privándole de la vida y de cierta parte de su fortuna, si no toda.

—El señor acaba de definir muy bien lo que ha podido suceder —dijo Koye, con una leve reverencia.

—Salvo por un detalle, Tim.

—¿Señor?

—El o los nombres de los actuales componentes de la Banda del Trébol Rojo. Presumiblemente, la venganza ha concluido ya, con la eliminación de las personas que causaron aquellos daños en tiempos pasados. Por tanto, ya no tienen necesidad de seguir matando… y sus actividades cesarán y volverán a la vida normal que han llevado hasta ahora.

—Pero si hay dinero en el trasfondo de sus acciones, puede notarse en el cambio de ritmo de su vida, ¿no cree, señor?

Baxter asintió lentamente.

—Dinero… ¿Dónde estaba? ¿Cómo lo consiguieron?

—Quizá no han tenido todavía tiempo de conseguirlo, señor.

—Oh, Tim, a pesar de lo que dijeron las víctimas, tuvieron que pagar una importante suma… El dinero que entregaron fue sacado del Banco mediante una complicada operación financiera… Hay expertos que sacarían diez millones en billetes de a dólar y no se enteraría nadie.

—Entonces, sugiero al señor prosiga sus investigaciones.

—No voy a tener otro remedio, en efecto —suspiro Baxter.

Echóse hacia atrás en el sillón y entrecerró los ojos. Si, además de ejecutar su venganza, habían buscado dinero los miembros de la Banda del Trébol Rojo, ¿en dónde podían haberlo escondido?

Las víctimas se habían convertido todas en personas respetables, y no era cierto que hubiesen abandonado Kansas City completamente arruinados, sino que habían podido salvar el capital suficiente para reemprender una nueva vida, en la que habían sabido progresar de una forma indiscutible, sin volver a relacionarse entre sí. Y la experiencia sufrida les había servido para no recaer en una situación semejante. A fin de cuentas, era preciso tener presente que antes de que estallara el escándalo, todos ellos eran gente conocida y de prestigio.

Dinero, ¿dónde?

Una clave. Una cifra.

Estuvo así durante largo rato, casi completamente inmóvil. Koye, respetuoso, le había dejado solo para no turbar sus meditaciones.

De pronto, Baxter quiso ensayar una experiencia.

Tomando un papel y lápiz, escribió los nombres de las víctimas por el orden en que habían sido asesinadas, en una columna que empezaba por Ransome T. Dovan y terminaba con Malcolm J. Darwin. Todos los nombres tenían una característica en común: la inicial de un nombre o apellido delante del apellido usado habitualmente.

Escribió las iniciales, separadas del resto de los nombres, y obtuvo el siguiente resultado:

T-R-F-W-J

En alguna parte, quizá, había una caja con cerradura que se abría mediante la combinación de aquellas letras.

Pero también había otra posibilidad. Cada letra representaba un número. Si se tomaba por el lugar en que ocupaban en el alfabeto, adjudicando a cada una el número de orden que le correspondía, se obtenía el resultado siguiente:

20-18-6-22-10

Arrojó el lápiz sobre la mesa, terriblemente frustrado. Su imaginación volaba demasiado. El asunto era mucho más simple: la venganza, sin ulteriores objetivos.

De pronto sonó el teléfono. Baxter levantó el aparato.

—¿Sí?

—¿Qué tal, Budd?

—¡Hola, Spring! ¿Cómo se encuentra?

—Eso es, precisamente, lo que yo quería preguntarle a usted.

—¿Cómo? ¿Quiere preguntarme «a mí» cómo se encuentra «usted»?

Spring se echó a reír.

—No haga juegos de palabras —contestó alegremente—. Yo me refería a usted. Y ya sabe por qué se lo pregunto.

—Bueno, me encuentro estupendamente.

—Aunque, quizá, un poco perplejo.

—¿Por qué, Spring?

—Hombre, la Banda del Trébol Rojo ha cometido su último asesinato. Pensé que eso podía interesarle. A fin de cuentas, y aunque fuese por error, trataron de asesinarle.

—Sí, es cierto, aunque debe saber que no he hecho de esta

investigación el objetivo último de mi vida. La policía también trabaja sobre el asunto, Spring.

—Sí, lo sé…, pero pienso que es usted deliciosamente ingenuo.

—¿Por qué?

—Hombre, ¿acaso cree que esos zafios policías van a encontrar a los asesinos? De todas formas, creo que conviene dejar el tema, Budd.

—Encantado, Spring. ¿De qué hablamos?

—Ahora la conversación tiene que ser muy corta, a la fuerza. ¿Por qué no procuramos que a partir de las siete de la tarde sea un poco más extensa?

—Hay proposiciones que le hacen a uno reconciliarse con la vida. Acepto encantado, Spring.

Baxter colgó el teléfono. Luego se levantó y llamó a su criado.

—Voy a salir, Tim —anunció—. Es muy probable que esté fuera el resto del día.

—Bien, señor. ¿Tiene instrucciones que darme?

—Ninguna. Si sales, deja conectada la grabadora del teléfono.

—Sí, señor.

Baxter se cambió de ropa y bajó, en el ascensor, al garaje subterráneo. Tenía un «Cadillac» y un «Mercedes 280 SL» y eligió este último. El primero solía usarlo normalmente, con Koye como conductor, pero ahora prefería ir solo y se sentó tras el volante, precisamente en el lugar en donde algunas noches antes había estado a punto de morir, atravesado por una bala.

Hizo girar la llave de contacto. El motor ronroneó satisfactoriamente. Embragó, metió la primera velocidad y salió sin prisas en busca del diálogo con una persona a la que ya había visto una vez.

CAPÍTULO X

AFRODITA JONES le recibió ataviada con un espectacular salto de cama, muy corto, debajo del cual se veían dos prendas muy livianas y tan transparentes como la primera. En los ojos de la artista brilló una chispa especial al reconocer a su visitante.

—No le esperaba, Budd —dijo.

—Aquí me tiene —respondió él—. ¿Le molesta mi visita?

—Me encanta.. Hoy no tenía trabajo, y empezaba a sentirme muy aburrida. ¿Qué le pongo de beber?

—Café, Afrodita. Oiga, ¿quién le sugirió ponerse ese nombre?

—Mi representante. Pero no quiso cambiar el apellido. Dijo que el contraste entre un nombre mitológico y el apellido vulgar podría resultar lo suficientemente atractivo para el público.

—No lo sé, yo no entiendo mucho de esas cosas…

Ella sonrió.

—Siéntese por ahí —indicó—. Voy a preparar el café.

Baxter hizo un gesto de aquiescencia. Al acercarse al diván vio un abrigo corto, que apartó a un lado. Un poco más allá había un par de zapatos en el suelo, ligeramente separados el uno del otro, como si su dueña se los hubiera quitado por el expeditivo procedimiento de sacudir el pie al llegar a la casa. Baxter notó que la suela de uno de los zapatos aparecía visiblemente húmeda.

Por uno de los bolsillos del abrigo corto asomaba la punta de un pañuelo. Baxter sacó un cigarrillo y lo encendió. Afrodita regresó a los pocos minutos con una bandeja en las manos.

—Se enteraría de la muerte de la pobre Phoenix —dijo, inclinada, para verter el café en las tazas.

—Sí, aunque estuve a punto de evitarlo. Llegué unos minutos tarde…

—¡Pobre chica! Con todos sus defectos, era muy buena. A mí me ayudó mucho en los primeros momentos. Pero últimamente se sentía un tanto frustrada…

Afrodita miró al visitante y sonrió.

—La culpa no era mía —añadió.

Baxter recorrió con la vista el espléndido cuerpo que se transparentaba a través del salto de cama.

—La culpa es de la madre naturaleza —contestó.

—Bueno, usted ya sabe lo que hacíamos… Esta vida es un asco, Budd; pero no hay más remedio que tomársela como viene. Lo que sucede es que yo pude salir de aquel círculo y alcanzar otro un poco más elevado. A Phoenix empezaban ya a pesarle un poco los años… y las grasas.

—Sí, es cierto.

Afrodita se sentó frente a Baxter, con las rodillas muy juntas.

—Pero no entiendo qué tenía que ver Phoenix con la Banda del Trébol Rojo.

—¿Conoce usted la historia, Afrodita?

—Algo me contó ella, en efecto… Una historia horrible, Budd.

—Sí. —Baxter despachó su taza de café—. Afrodita, ¿se le ocurrió alguna vez que Phoenix podía estar complicada en este asunto?

—No. ¿Cómo iba a suponer tal cosa?

De pronto llamaron a la puerta. La joven se levantó para abrir. Baxter siguió sus movimientos con la mirada.

Afrodita abrió. Un hombre apareció en la puerta, provisto de un monumental ramo de flores.

—¡Oh, no, Roger! —exclamó ella—. Por favor, te dije que hoy quería descansar.

El hombre puso cara de sorpresa.

—Pero, Afrodita… Yo creí entender…

—Tienes un oído pésimo y una memoria peor todavía. Cuando me refería a hoy, dije «quizá», no dije «sí», Roger. Acepto el ramo de flores, pero tendrás que volver otro día. —Pellizcó cariñosamente su mejilla y luego le estampó un beso en sus labios—. Hoy tengo un compromiso, querido.

Afrodita se apoderó del ramo de flores y cerró la puerta, ante el desconcierto del visitante, que desapareció de la vista de Baxter. Luego, ella se volvió, sonriendo, hacia el hombre sentado en el diván.

—Es Roger, el jefe de maquillaje de los estudios —explicó—. Está loco por mí… Al menos eso es lo que asegura, y quería arrancarme una Cita para pasar el día en el campo… Creyó que era hoy y…

—Hay gente con muy mal oído, en efecto —convino Baxter.

Ella dejó el ramo de flores a un lado. Baxter se puso en pie, al ver que se le acercaba.

—¿De qué hablábamos antes? —preguntó Afrodita.

Baxter sonrió.

—Lo he olvidado —dijo—. Pero podemos iniciar otro tema de conversación.

—¿Por ejemplo?

—Lo que sucede cuando un hombre y una mujer están solos.

Afrodita entornó los ojos.

—¿Qué es lo que sucede, Budd?

Baxter rodeó su cintura con los brazos.

—La respuesta no tiene palabras —murmuró apasionadamente.

—Por favor…

—Hay momentos en que una sola palabra puede romper el hechizo. No hables, Afrodita…

—Oh, Budd…

Los labios de Baxter recorrían ardorosamente la aterciopelada piel del cuello, al hombro izquierdo. Luego resbalaron hacia abajo, a través del amplio escote del salto de cama. De súbito, Baxter separó un poco la cabeza y exclamó:

—¡Afrodita! ¿Qué es esta marca?

* * *

El escote, casi completamente abierto, permitía ver la mayor parte del hermoso seno de la joven, apenas cubierto por un sujetador de escaso tejido y, además, tenue como una tela de araña. En el pecho izquierdo, un poco más arriba del rosado vértice, podía verse una marca en forma de trébol, de unos tres por cuatro centímetros.

La marca, en realidad, era el contorno de los bordes de la figura y no era de tonos muy intensos. Pero sí lo suficiente para que se pudiera apreciar el dibujo sin dificultad.

Afrodita retrocedió bruscamente.

—¿Por qué has tenido que mirar ahí? —exclamó con acento colérico.

—Era un lugar muy atractivo —sonrió Baxter.

Ella encendió un cigarrillo con gestos nerviosos.

—Ocurrió hace diez años —repuso—. Yo tenía entonces dieciséis. Unos bárbaros me marcaron como si fuese una res…

—Y ahora están muertos.

—¡Y bien muertos! No lo siento, pero yo no tengo nada que ver con esas muertes.

—¿De verdad?

—¡Te lo juro!

—Afrodita, ¿adónde has ido esta mañana, tan temprano? Aún hay humedad en las suelas de los zapatos. No ha llovido, de modo que has

tenido que pisar trozos de calle mojados por las mangueras de los servicios de limpieza y no habían tenido tiempo de secarse siquiera.

—He ido a hacer unas compras…

—Y para recibirme… ¿has tenido que cambiarte de ropa y aparecer como si te levantaras de la cama?

—Bueno, pensé que sería Roger… Pero cuando te reconocí, me dije que tú podías resultar mucho más interesante que él. No…, no estoy segura de que le gusten las mujeres; tal vez quería salir conmigo para… ocultar lo que es en realidad…

—Pero sabes muchas cosas de la Banda del Trébol Rojo.

—¡No! No sé nada, ni tengo que ver con esos crímenes…

—Afrodita, yo nunca te dije que la gente me llama Budd. Y Phoenix no pudo hablarte nada acerca de la Banda, porque no recordaba dónde había oído algo sobre el particular y había querido decírmelo a mí… Ahora bien, dada la actuación de las dos en Life & Sex, ella tuvo que verte desnuda más de una vez y entonces fue cuando advirtió esa marca, que Roger, el experto en maquillaje, cubría antes de cada sesión de fotografía. ¿Me equivoco?

Ella apretó los labios.

—¡Merecían morir! —dijo, con salvaje acento de odio.

—¿Y has esperado diez años para saciar tu sed de venganza?

—¿Podía hacerlo cuando solamente tenía dieciséis?

Baxter meneó la cabeza.

—Afrodita, apostaría algo bueno a que has ido a un Banco, no demasiado alejado de tu casa, y has sacado el contenido de una caja de alquiler, seguramente la señalada con el número 201862210. ¿Me equivoco?

Los ojos de la joven se desorbitaron.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó.

Baxter ignoró la pregunta.

—¿Cuánto hay en la caja? —inquirió a su vez.

Ella vaciló un instante. De súbito, giró sobre sus talones y echó a correr hacia el interior del apartamento.

Segundos más tarde, salía provista de una pistola. Su asombro resultó enorme al ver que el visitante había desaparecido.

—¡Budd! —gritó—. ¿Dónde estás?

—Aquí, preciosa.

Afrodita empezó a girar, pero en el mismo instante sintió un vivísimo dolor en la muñeca derecha. Sus dedos perdieron fuerza y el arma cayó al suelo. Inmediatamente, Baxter hundió sus dedos rígidos en el blando estómago femenino. Afrodita, sin respiración, se sentó en el suelo.

Sus hermosos ojos estaban llenos de lágrimas, provocadas por la rabia y la frustración. 'Ni siquiera opuso la menor resistencia cuando Baxter, con los cordones de las cortinas, ató sus manos a la espalda, haciendo lo propio con los tobillos.

Al terminar alzó en brazos a la joven y la depositó sobre el diván. Luego se retiró un par de pasos.

—Lo siento —dijo—. Comprendería tu venganza, si se hubiese realizado al poco tiempo…, incluso buscando la forma mejor de evitar el castigo de la ley. Pero han pasado diez años y ahora ya no te movió solamente la venganza, sino la ambición.

—¡Budd, suéltame, suéltame!… Déjame libre y permitiré que te lleves lo que he ido a buscar al Banco…

—Voy a llevármelo de todas maneras. Por cierto, Roger te enseñó muchas cosas acerca del arte del maquillaje… y del disfraz, ¿no es cierto?

—Por favor, Budd…

—Lo lamento.

Baxter entró en las habitaciones interiores y regresó a poco con una tira de esparadrapo, que colocó sobre la boca de Afrodita.

—Aunque me sintiera capaz de perdonar las muertes de esos salvajes que te marcaron, no puedo olvidar a Phoenix. Era una buena mujer y no merecía ese tiro por la espalda —dijo.

La pistola con silenciador yacía en el suelo. Baxter dudó unos segundos, pero acabó por dejarla en el mismo sitio.

A continuación volvió al dormitorio, del que salió a los pocos momentos con una bolsa de lona en la mano derecha.

—¿Un millón? —inquirió.

Los ojos de Afrodita emitieron un brillo demencial. Sin pronunciar una sola palabra más, Baxter abandonó el apartamento.

Pasaron algunos minutos. Afrodita hacía esfuerzos desesperados para quitarse las ligaduras. De pronto, oyó que se abría la puerta.

Alguien entró cautelosamente y se detuvo al ver la situación en que se hallaba la joven. Miró unos momentos a Afrodita y luego se acercó a ella para quitarle el esparadrapo de la boca.

—¡Suéltame! —jadeó—. Baxter ha estado aquí… Se ha llevado el dinero…

La recién llegada pareció sorprenderse.

—¿Lo sabía? —preguntó.

—«No me dijo cómo lo había averiguado…, pero citó incluso la cifra de la caja del Banco… Vamos, por favor, quítame ya las ligaduras…

—Espera… ¿Dijo adonde pensaba ir?

—No lo mencionó siquiera, pero es seguro que se quedará con el

dinero… Se lleva el fruto de nuestro trabajo…

—No se lo quedará.

—Está bien, lo que quieras, pero quítame ya de una vez estas malditas ligaduras…

—¡Oh, sí, es verdad!… Aguarda un momento, voy a la cocina a buscar un cuchillo.

La otra volvió, momentos después.

—Vuélvete boca abajo —indicó.

Afrodita obedeció. Dada la postura en que se encontraba, no pudo ver la acción de la recién llegada, que se inclinaba hacia la pistola caída en el suelo. Un segundo después, la boca del arma se apoyaba en la sien derecha de la joven.

Ella sintió el contacto, adivinó lo que iba a suceder y empezó a lanzar un horrible chillido de espanto. Pero la bala que atravesó su cerebro cortó el grito apenas iniciado.

Las rodillas de Afrodita se doblaron al alzar las piernas en una última y horrible convulsión. Luego se relajaron lentamente.

Entonces la otra cortó las ligaduras con el cuchillo y, con una mano, hizo que el cuerpo de Afrodita voltease para caer al suelo, junto al diván. Dejó la pistola a un palmo de la mano derecha de la muerta y se enderezó, respirando con fuerza.

Paseó la vista por la estancia, para comprobar si se había dejado olvidado algún detalle. En vista de que todo aparecía normal, se dirigió a la salida, abrió la puerta, comprobó que el corredor estaba desierto en aquellos momentos y luego, con paso mesurado, echó a andar. Momentos después, estaba en la calle.

El día era apacible y en el cielo brillaba el sol y había nubes blancas y resplandecientes. El ambiente incitaba al optimismo.

CAPÍTULO XI

EL teniente Jamison contempló con ojos sombríos el hermoso cuerpo que yacía boca arriba con un negruzco orificio en la sien derecha. A su lado, el forense dijo:

—Suicidio, no cabe la menor duda, teniente.

—¿Suicidio, doctor? ¿Está seguro?

—Hombre, no hay más que fijarse en la herida y en la posición de la pistola…

—Doctor, una persona no se suicida con una pistola que tiene silenciador. En el momento de la muerte, le importa muy poco el ruido que pueda hacer.

—Bueno, quizá no supo quitar el silenciador…

Jamison se inclinó y contempló unos instantes el pecho izquierdo de Afrodita. Detrás de él sonó la voz del forense:

—Es una marca muy antigua, teniente. Lo menos tiene ocho o diez años. La quemadura no profundizó demasiado, pero tampoco se han podido borrar sus huellas.

—Me pregunto por qué esta pobre mujer no recurrió a la cirugía estética —murmuró Jamison.

—Sí, es cierto, pudo haberse hecho un sencillo injerto de piel. Pero ya sabe, hay mujeres con verdadero terror al quirófano…

—Y hombres también, doctor.

—Seguramente, cuando tenía que llevar un amplio escote, tapaba esa señal con un poco de maquillaje. Con eso debía de conformarse… y la verdad es que la marca no alteraba la curvatura estética del seno.

—De todas formas, no es suicidio —insistió Jamison.

Un policía se le acercó en aquel momento

—¿Sí, Ryles?

—Señor, esta mañana han venido tres personas al apartamento de la señorita Jones. Un hombre con aire un tanto afeminado, que traía un ramo de flores y que se marchó enseguida, una mujer… y otro hombre. Respecto a la mujer, parece ser que estuvo cosa de un cuarto de hora. Era delgada y llevaba gafas negras. El consei'je no se fijó en el

color del pelo.

—¿Qué me dice del hombre, Ryles?

—Bien, era joven, de unos treinta años; vestía sencillamente… el pelo era castaño… Medía, más o menos, un metro setenta y cinco. ¡Ah, sí! Al salir llevaba una bolsa de lona en lá mano. El conserje se fijó especialmente en este detalle, porque no la había traído a su llegada.

—Una bolsa de lona… —repitió Jamison, con aire pensativo.

—Exactamente, señor; de lona, a cuadros rojos, negros y amarillos —confirmó el sargento Ryles.

* * *

Spring Kalder abrió la puerta de su departamento y sus ojos captaron de inmediato la bolsa de lona, de vivos colores, situada encima de una mesa. Durante unos segundos permaneció inmóvil, como hipnotizada por aquel objeto.

Luego reaccionó. Avanzó unos pasos y se quitó el chaquetón que vestía, lanzándolo sobre el diván. Acto seguido llamó:

—¡Sal, Budd! ¡No te escondas!

Baxter apareció en el umbral de la puerta que daba a las otras habitaciones y se apoyó en una de las jambas.

—Tu doncella me dijo que habías salido y que no sabía cuándo podrías regresar —manifestó—. Yo pensé que no tardarías mucho en volver y así ha sido. ¡Ah!, la doncella ha ido a hacer algunas compras; me encargó te lo dijera.

Spring avanzó unos pasos, llegó al bar y se sirvió una copa.

—Es de suponer —dijo lentamente— que ya lo sabes todo.

—Sí —confirmó Baxter.

—En esa bolsa hay un millón de dólares. ¿Cómo lo averiguaste?

—Habían pasado ya demasiados años para pensar en una venganza solamente por odio. No niego que continuases odiando a los que te hicieron tanto daño en el pasado, pero se me ocurrió la posibilidad de que, además de saciar tu sed de venganza, pensaras en la conveniencia de conseguir algún beneficio a la misma… No era tan rico tu esposo, ¿verdad?

—Sólo tengo lo que está a la vista y algunos miles en la cuenta corriente —adimitió Spring, sin inmutarse.

—Entonces el chantaje se admite, aunque ninguna de las víctimas quisiera confesarlo. Y debió de durar mucho tiempo, ¿verdad?

Spring sonrió.

—Años enteros —contestó—. Tenían que pagar lo que nos

hicieron.

—Sí, de ese modo se comprendía que sus operaciones bancarias no presentasen irregularidades. ¿Cuánto tiempo duró el chantaje?

—Unos cinco años. Era una especie de cuota mensual. Podían soportar la sangría sin quebranto.

—Y reunías el dinero gradualmente y lo ibas cambiando por billetes de a cien, que no abultan demasiado. Diez mil billetes.

—Sí. Están en esa bolsa. Budd, ¿cómo llegaste a la conclusión de que yo tenía que ver con este asunto?

—No te he visto el seno izquierdo, como a Afrodita —sonrió él—. Pero apostaría a que tienes una marca análoga, ¿verdad?

—Verdad —confirmó ella sin pestañear—. La marca moral, sin embargo, es mucho más profunda..

—No, no trates ahora de justificar tus acciones, Spring. Son demasiadas muertes, demasiada sangre… Pero empezaste por cometer el error de no fijarte bien en dos de los nombres de la guía telefónica…

—No lo hice yo. Fue un asesino profesional, que contraté por teléfono. Le envió un paquete por correo con el dinero y un trébol rojo. La confusión fue de ese sujeto. Se llamaba Slayer.

—El cual asesinó también a Armstrong y dejó un trébol rojo para confundir a la policía. Pero ése fue otro error tuyo, porque Slayer no era un asesino profesional.

Spring sonrió displicentemente.

—Todo lo que Slayer te dijo se lo había inspirado yo —declaró—. Sí, es un modelo y actor para cierta clase de revistas y películas, pero su verdadera profesión es la de asesino.

—Entonces, ¿por qué no le contrataste para matarme después?

—No me diste el tiempo suficiente, Budd.

—Ha sido un plan retorcido, demasiado… Quizá eso es lo que te ha perdido. Pero tú no eras la única en apretar el gatillo.

—No. Afrodita también usó la pistola en más de una ocasión.

—Y ella, seguramente, te enseñó a disfrazarte de hombre, con el pelo muy corto y engominado… Lo que llevas ahora es una peluca, ¿verdad?

Spring se quitó la peluca y sacudió la cabeza un par de veces.

—Con un traje de hombre, estoy desconocida —declaró.

—Sí, se comprende. Pero se necesita verdadera audacia para matar a una persona en el vestíbulo de un edificio lleno de gente…

—Eso era un factor más a mi favor, ¿no crees?

—¿Te enseñó Afrodita a enmascarar la voz?

—Bueno, con un poco de entrenamiento, no resulta difícil.

—Sí, ya me lo imagino que tuviste tiempo de sobra para entrenarte, en los tres o cuatro años que duró el chantaje. Seguramente te habías fijado una cifra como tope…

—¿Cómo supiste el número de serie de la caja de alquiler?

—Cinco nombres llevaban una inicial antes del apellido.

Spring asintió.

—Una clave demasiado sencilla —murmuró—. Pero era mejor que escribirla en algún papel y que alguien pudiera encontrarlo. —Frunció el ceño—. De todas formas, tú has tardado mucho en sospechar de mí.

—He tardado lo suficiente para reunir los datos… Es decir, en encontrar las piezas que me permitirían reconstruir el rompecabezas.

Spring se sentó en uno de los taburetes altos y cruzó las piernas. La falda se le subió y Baxter pudo contemplar el final de la media y la pinza del portaligas.

—Sigue, por favor —invitó ella, con el vaso en la mano.

—Primero, la confusión del asesino, que me impulsó a averiguar por qué alguien había intentado matarme. Luego, la caja de cigarros con el mensaje, me dio la primera pista…

—Afrodita cometió un error al tomar una letra de Life & Sex —dijo Spring, pesarosamente—. Redactamos el mensaje entre las dos.

—Sí, ya me imagino, aunque ella mintió sobre el particular. Pero sigamos. Aquella llamada del hombre gordo con barba canosa, que usaba un «Cadillac»…

Spring parecía muy divertida.

—Afrodita me enseñó mucho en cuestión de disfraces. Ella misma, cuando convenía, lo sabía hacer maravillosamente —dijo.

—Incluso disfrazándose de policía, para llevarse una cinta grabada.

—Es cierto.

—Pero la enviaste a buscarla porque te habías dado cuenta de un tremendo error.

—¿Cuál, Budd?

—Yo no mencionaré las inflexiones de voz, que podían permitir seguramente a los expertos en sonido el descubrir la verdadera personalidad de la persona que había hablado conmigo. Pero pronunciaste una frase de dos palabras que si entonces no me llamó apenas la atención, sí más tarde, al repetirla de nuevo, tan exactamente, hoy mismo. Spring, un hombre, cuando habla con otro, no suele decir «es usted deliciosamente ingenuo, amigo mío». Tal vez si hubiese reparado entonces en el detalle, las cosas habrían tenido un final distinto, o por lo menos anticipado. Pero también hay más detalles.

—Empiezo a darme cuenta de que eres terriblemente perspicaz —observó ella.

—Simplemente, tengo espíritu de observación. Por ejemplo, después del ataque de Trowse y su gorila… Tú les viste actuar en el Red Castle y pensaste que podían resultarte útiles, para que me apartasen mediante una buena paliza. Les contrataste, aunque disfrazada, por supuesto, y luego apareciste «casualmente» por el lugar donde yo debía ser atacado. Con la amenaza de la pistola quisiste disipar mis posibles sospechas, pero también esa misma noche cometiste dos errores.

—¿De veras, Budd?

—Me dejaste en la puerta de mi casa y yo no te había indicado mi domicilio…

—Lo encontré en la guía telefónica.

—Y eso significa que ya te interesabas por mí —continuó él, imperturbable—. Pero también encontré un pañuelo caído en el piso del coche y tú te lo guardaste con toda naturalidad. Ese pañuelo no era tuyo, sino de Afrodita, a la cual se le había caído inadvertidamente. Afrodita había quedado rezagada, a fin de ir luego a casa de Darwin, para darle muerte.

Baxter sacó un pañuelo y lo colocó encima de la barra.

—Es de Afrodita y está impregnado del mismo perfume que, ciertamente, no es el que tú usas —añadió.

Spring perdió la sonrisa en el acto.

—Budd, mucho me temo que no voy a poder dejarte con vida —murmuró.

—No hablarás en serio, supongo.

—Ya eres un obstáculo demasiado enojoso para mí. Confieso que habría dado cualquier cosa para que los acontecimientos hubiesen tomado un cariz distinto… Créeme, me gustabas muchísimo… y creo que podía haber acabado enloqueciendo por ti. Pero la situación ha dado un giro radical, tienes que comprenderlo.

—También a ti te marcaron, ¿verdad?

—¿Quieres ver la señal que esos salvajes dejaron en mi cuerpo?

—Esa señal ha quedado impresa mucho más profundamente; no es sólo epidérmica. Pero podías haberla borrado con un poco de comprensión…, con el olvido.

Los ojos de Spring despedían llamas.

—Tú eres hombre y no puedes entenderlo. No te has visto en la situación en que nos vimos algunas desdichadas… Completamente desnudas, sufriendo los más repugnantes ultrajes que te puedas imaginar, en una enloquecida orgía de alcohol, drogas y sexo… No, no has pasado por una situación semejante y por eso no tienes derecho a hacerme el menor reproche. Y si les matamos por venganza, también teníamos derecho a una compensación por lo que nos hicieron, ¿me

entiendes?

Spring aparecía ahora desencajada, con el rostro de una furia del averno. Baxter sintió compasión por aquella mujer, que había visto destruida su existencia diez años antes.

De súbito llamaron a la puerta.

Spring se levantó rápidamente y abrió la bolsa de lona, de la que extrajo un fajo de billetes. Luego corrió hacia la puerta.

Un hombre apareció en el umbral.

Era alto, fornido, de cráneo pelado y rasgos orientales. Baxter empezó a sentir cierta alarma.

—¿Señor Kyoto? —dijo Spring.

—Sí, señora…

Ella se volvió sonriente hacia Baxter.

—Aquella noche, en el Red Castle, te vi actuar y comprendí que eras un maestro en las Artes Marciales. Noˆ pensaba que tuviera que suceder tan pronto, pero la llegada del señor Kyoto simplifica las cosas.

Spring puso el fajo de billetes en las manos del recién llegado.

—¡Señor Kyoto, le ordenó matar a ese hombre! —exclamó.

* * *

El recién llegado parpadeó, sorprendido por aquellas inesperadas palabras. Era indudable que, aunque había acudido a una llamada, de la que se iba a derivar un contrato de asesinato, no esperaba verse obligado a actuar tan súbitamente. Baxter lo adivinó en la expresión de su rostro y se puso en movimiento con fulgurante rapidez.

La bolsa con el dinero voló por los aires y se estrelló contra el rostro de Kyoto, haciéndole tambalearse. Baxter no le permitió que se recuperase y saltó sobre él, agarrándole con ambas manos por el brazo derecho.

Tiró con fuerza. Kyoto había perdido la iniciativa y giró, quedando de espaldas a Baxter. Sin darle tiempo a la menor reacción, Baxter alzó las dos manos y aplicó los cantos contra la base del cuello. Fueron dos golpes secos, muy veloces, con la suficiente potencia para convertir a Kyoto en una masa inerte que se desplomó al suelo completamente sin sentido.

Spring contempló la escena y lanzó un aullido de furia demencial. Antes de que Baxter pudiera detenerla, ella salió de su dormitorio, del que salió a los pocos instantes con un revólver que sujetaba con las dos manos.

—Una vez te dije que estabas vivo porque yo lo había querido. Ahora no fallaré la puntería —dijo, en el instante de apretar el gatillo.

Salió la bala. Baxter recibió el impacto en pleno pecho, saltó hacia atrás y, girando un poco en el aire, cayó al suelo.

Spring le contempló con ojos extraviados. Poco a poco, sin embargo, se fue recuperando. De pronto dejó caer la pistola al suelo y se pasó una mano por la frente, con la expresión propia de haber salido de una pesadilla.

Luego, lentamente, se acercó a Baxter, quien yacía boca abajo, con la mejilla derecha pegada a la alfombra. Se inclinó sobre él y mojó la otra mejilla con sus lágrimas.

—¿Por qué me has obligado a disparar? Podíamos haber hecho tantas cosas…, haber disfrutado de tanta felicidad…

Súbitamente, sintió una mano que la agarraba por el brazo. Un segundo más tarde, era ella la que estaba boca abajo, con las manos a la espalda. Baxter sacó un delgado cordel y ligó sus muñecas. Spring chillaba como una poseída al darse cuenta del engaño de que había sido objeto.

Baxter la levantó por la cintura y la dejó sentada sobre el diván. Sonriendo, se frotó el pecho.

—Contra las personas que tienen buena puntería, se han inventado los chalecos blindados —dijo.

Entonces llamaron a la puerta. Baxter abrió.

Era Jamison, seguido de otro detective y un par de policías de paisano.

—Tenía que ser usted —gruñó Jamison, un tanto rencorosamente.

Baxter movió la cabeza.

—Ahí tiene al cincuenta por ciento de la Banda del Trébol Rojo — indicó.

—La otra mitad está muerta —declaró Jamison pensativamente.

—¿Cómo? —respingó Baxter.

—Un tiro en la sien, con apariencias de suicidio…

—Eso no puede ser; yo la dejé atada.

—La desatarían después, para simular el suicidio. ¿Quién es este hombre? Oiga, ¿de dónde diablos ha salido tanto dinero? —exclamó Jamison, lleno de perplejidad.

—Se lo explicaré más tarde, Keith.

Los policías de uniforme se acercaron a Spring y cambiaron el cordel; por las esposas de acero. Ella se dejó hacer en silencio, pero cuando ya iba a salir, se encaró con Baxter.

—¿Cómo se te ocurrió la idea del chaleco blindado? —quiso saber.

—Tú hablaste en una ocasión de tu buena puntería. En ningún momento, además, diste a entender que sabías practicar las Artes Marciales. Si no me atacabas de éste modo, podías hacerlo con una pistola.

—Sí, ya comprendo…

—Ya no puedo sentir compasión hacia ti —añadió Baxter, sombríamente—. Ahora ya no eres la mujer que quería vengar un ultraje, sino la que sólo pensaba en sí misma, la que no ambicionaba otra cosa que el dinero, aunque fuese a costa de las vidas de sus aliados… como Afrodita Jones. ¡Adiós para siempre, Spring!

Ella bajó la cabeza y se dejó llevar. Kyoto, ya recuperado, la siguió inmediatamente.

Jamison contempló la bolsa repleta de fajos de billetes de Banco.

—Así pues, éste era el factor común —dijo.

—El factor común para dos asesinas —puntualizó Baxter.

* * *

Regresó a su casa. Sentíase cansado, incluso desmoralizado.

—El mundo es un asco, Tim —dijo, pesimista.

—El señor debe procurar elevar su ánimo. Los buenos abundan más que los malos. O esto sería un infierno, señor —respondió Koye.

—¿Acaso no lo es ya?

—Si lo fuera, no habría personas como el señor.

—¡No me llames ángel, Tim!

—Dispense, señor, no quise molestarle…

Baxter hizo un esfuerzo y dulcificó el gesto.

—Dispénsame, Tim; me siento un poco nervioso.

—Se comprende, señor. ¿Quiere algún sedante?

Baxter miró a través de la ventana. El cielo estaba muy claro, con sólo algunas nubes blancas.

—Voy a darme un paseo por Central Park —dijo, a la vez que se levantaba—. Es una isla de verdor en este océano de cemento, y ello me tranquilizará mejor que cualquier medicina.

—Una excelente solución, señor —aprobó Koye.

Minutos más tarde, Baxter paseaba por uno de los lugares llanos del parque, completamente cubierto de césped. Una hermosa muchacha de cabellos rojizos estaba sentada sobre la hierba y tenía apoyada sobre las piernas una carpeta, con una hoja de papel, sobre la cual estaba dibujando el paisaje que tenía delante.

—¡Es una obra preciosa —elogió Baxter.

Ella se volvió. Tenía los ojos de color azul oscuro, grandes, rasgados.

—¿Le gusta? —sonrió.

Baxter se sentó a su lado.

—Me gusta —contestó.

—Yo soy Irma Gallagher, pero puede llamarme Irma.

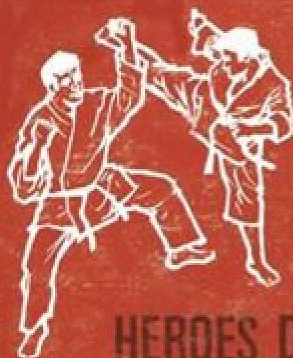
—Budd Baxter —se presentó él—. ¡Hola, Irma!

—¡Hola, Budd!

Irma se volvió, le miró y sonrió de nuevo. Baxter sonrió también. Sí, una sonrisa como la de aquella preciosa muchacha era la mejor medicina contra el pesimismo.

F I N





¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
en su nueva Serie titulada:

¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras de un puñado de esforzados personajes que han puesto sus conocimientos en ARTES MARCIALES al servicio del BIEN y de la JUSTICIA.

¡KIAI!

es la voz que define la proyección exterior de la fuerza vital que todo hombre posee y que los BUDOKAS han sabido potenciar hasta límites asombrosos, como un hito más, alcanzado en el transcurso del duro camino emprendido en pos de la perfección, tanto física como moral.

APARICION SEMANAL. ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

Impreso en España